

Año I

3 de Octubre de 1914

Núm. 40

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



PRÍNCIPE FEDERICO GUILLERMO DE HESSE

Hijo del Emperador de Alemania, que ha sido herido en la batalla del Marne

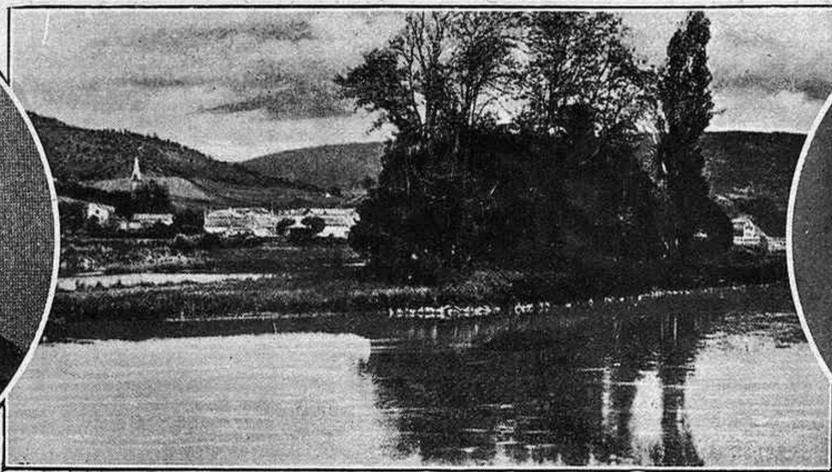
DIBUJO DE GAMONAL

AYNEOBE
LCA
JID

DE LAS GUERRAS DE OTROS TIEMPOS



D. LUIS DE HARO



Isla de los Faisanes, donde se firmó la paz de los Pirineos



MAZARINO

LA PAZ DE LOS PIRINEOS



HOLGÁRAME á la hora desta como de alcanzar una buena muerte y que los rumorillos de paz que comienzan á latir, tuvieran presto una espléndida aurora y brillasen con toda la fuerza y reciedumbre que suele el caballero Febo

quería ser quien ondease el trapo blanco. Hombres y caudales ibanse agotando, los pueblos se esquilaban y el triunfo en ninguna de las dos potencias quería asentarse.

pe IV y prosiguieron los rigores y desmanes de la guerra por dos años más, hasta 1658.

Así como ahora están aliadas las más de las naciones de Europa para el aniquilamiento del imperio germano, hallábanse entonces éste, Fran-

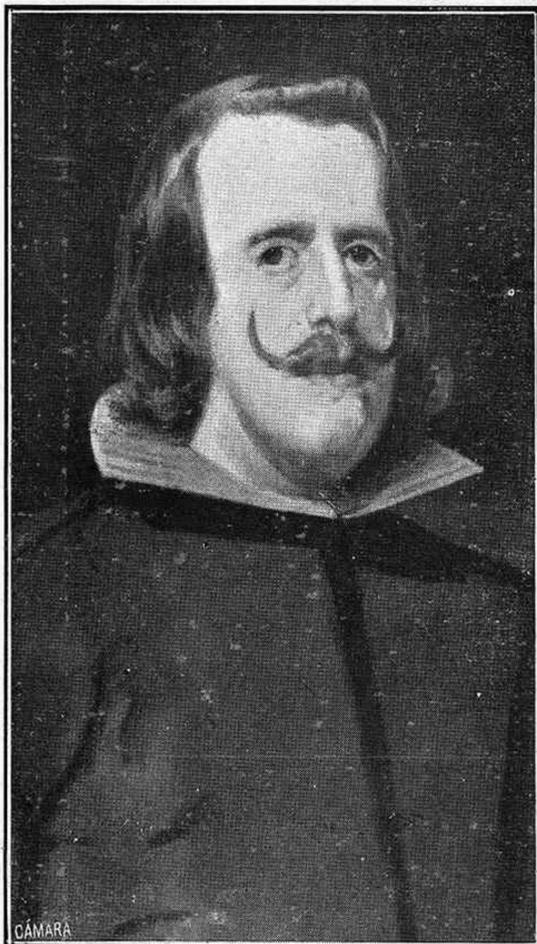
Años antes, hacia 1648, habíanse intentado algunos tratos de paz, pero condiciones exageradas por parte del vecino reino, hízolas de todo punto inaceptables del Estado español.

Renovadas ocho años más tarde, hubieron de ser también rehuidas porque Francia no cedía en sus humillantes pretensiones.

Si hasta allí no pidió menos que la anexión de Flandes, el Franco Condado y el Rosellón, entonces entre otras muchas cosas, aspiraba al matrimonio de Luis XIV con la Princesa de Asturias Doña María Teresa.

Pretensión era esta que no podía menos de ser muy lisonjera para los proyectos de nuestra vecina, pues que de allí á poco había de traer la unión de las dos coronas, á la manera que antaño y por el matrimonio de los católicos reyes Doña Isabel y Don Fernando uniéranse los destinos de Aragón y Castilla.

Tampoco tal condición fué aceptada por Feli-



FELIPE IV
Retrato al óleo hecho por Velázquez



LUIS XIV
Pintura de la escuela flamenca

á las doce el día en las pardas llanuras castellanas; por este deseo, acúdenme comezones de hablar de antaños y parecidas circunstancias, á ver si con el reflejo de los sucesos pasados toman forma y cuerpo los que hogaño nos tienen con el espíritu y la calma en vela.

Y revolviendo por los cofrecillos de la Historia acúdeseme á la mano aquella famosa paz que dicen de los Pirineos y tengo de airearla un poco á ver si el tufillo della despierta los humores de la que todos quisiéramos que floreciera ahora.

Más de veinticinco años consecutivos como cadena de desdichas llevaban Francia y España y las dos tenían ya deseos de reposar, mas ninguna de entrambas por esta negra honrilla que se estila en la Tierra con el nombre de pundonor



LA INFANTA MARÍA TERESA

cia, Inglaterra, Portugal, los Países Bajos, Italia y Cataluña, enemigos de España, y todos á una procurábanle cuanto daño les estaba bien.

Francia, aunque era de entre todos quien más traía adelantado, pues que su pujanza y poderío comenzaban á florecer, hallábase sin dinero, cosa tanto ó más necesaria que los soldados para sustentar una campaña, y estaba deseosa de encontrar el menor resquicio para entrar definitivamente en tratados de paz.

Como ya por el entonces el nacimiento del Príncipe Don Felipe Próspero, acaecido el 28 de Noviembre de 1657, quitaba sus derechos á la corona á la infanta Doña María Teresa, no vaciló Felipe IV en ofrecerla en matrimonio al soberano francés.

Don Antonio de Pimentel fué el emisario á

quien Su Majestad Católica, encargara este cometido cerca del rey Luis.

Y con este paso comenzóse el prólogo de la paz, el 8 de Mayo de 1659, estableciendo una tregua hasta que los plenipotenciarios de entrambas naciones arreglaran los capítulos en que había de fundarse. Fué nombrado representante de España Don Luis de Haro, Marqués del Carpio y Conde Duque de Olivares, recién venido de la desastrosa campaña de Extremadura, en la que hubo de ganar más timbres de ineptitud y cobardía que de honra y pujanza. No obstante, el Rey, por no desperdiciar la raza de sus favoritos, quiso darle todo el ascendiente que aquellos tuvieron.

No era el de Haro hombre para medir las fuerzas de la astucia y de la diplomacia con el representante de la monarquía francesa el Cardenal Mazarino.

Para celebrar las pláticas señalóse la isla llamada de los Faisanes, situada en la raya de los dos reinos, como á un cuarto de legua de Irún, sobre cuya posesión es fama que habían derecho entrambos reinos.

Levantóse una magnífica tienda en la que una mitad estaba en territorio español y la otra en territorio francés. Cada ministro entraba por distinta puerta.

En obra de tres meses, hubieron veinticuatro conferencias, y de ellas al fin nació la deseada paz.

Compónese de ciento veinticuatro artículos y los más de ellos no fueron otra cosa que graves humillaciones á la Corte de Madrid, que la prodigiosa sagacidad del ministro cardenal, sucesor de Richelieu, hizo admitir al desdichado Marqués del Carpio.

Quedaron concertadas las bodas de la infanta española con el monarca francés, pero renunciando aquélla en absoluto á la corona de sus mayores, aun en caso de muerte del Príncipe de Asturias; llevaría como dote, quinientos mil escudos.

Y véanse ahora los principales capítulos que en este memorable tratado hubieron de ajustarse. España cedió á Francia los condados de Rosellón y Conflans, fijándose la cima de los Pirineos por límite divisorio de las dos naciones.

Asimismo quedóle cedido casi todo el Ar-



DOÑA MARIANA DE AUSTRIA
Segunda mujer de Felipe IV

tois. En Flandes, Gravelinas, Bouburg, Saint Venant y los fuertes de la Esclusa; en el Luxemburgo las de Thionville, Montmedy, Danvillers, Ivoy, Mariemburgo, Philipeville y Asvesnes, además de las que Francia hubo de tomarse anteriormente que fueron Rocroy, Chatelet y Lin-

champ. Fuéronnos devueltas Charolais y las plazas de Borgoña, quedándonos algunas en Flandes, las que ya habíamos en Italia, y Cataluña. Al Príncipe de Condé, aliado nuestro, no permitió concederle Mazarino más que algunas plazas de poca importancia en los Países Bajos. Cuantos esfuerzos hizo el Carpio en su favor fueron inútiles.

Dióse libertad al duque de Lorena, pero obligósele á demoler las fortalezas de sus estados y ceder á Francia una buena parte de ellos.

Al duque de Borgoña le fué devuelta Vercelli, Tulliers al de Neuburg, y al príncipe de Mónaco, los bienes que le fueron confiscados, y librósele del peso de la guarnición española que ocupaba su territorio.

Quedó desamparado Portugal por parte de Francia, no concediéndose más de una amnistía á cuantos tomaron armas contra España, quedando desde luego sujetos á la obediencia de ésta.

También quedó excluido de este tratado, el hijo del infortunado rey de Inglaterra, quien á pesar de haber ido á Fuenterrabía, no consiguió avistarse con ninguno de los dos embajadores...

Esta fué la famosa paz de los Pirineos que puso cabo á las sangrientas luchas que por tanto tiempo sostuvimos con Francia; por afrentosa y humillante para nosotros, que aceptamos todo aquello que misericordiosamente nos quiso ceder un nieto de San Luis aconsejado por un príncipe de la iglesia.

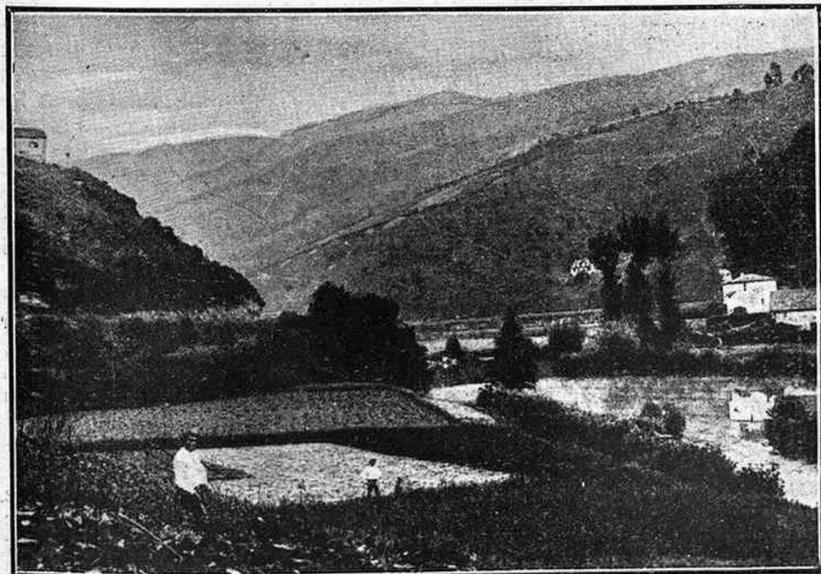
Habiendo tenido hartas ocasiones de ajustar una paz honrosa y favorable, vinimos á aprovechar la ocasión menos propicia.

No son, pues, tan fuera de senda ó de cálculo las constantes y jermiáticas razones que dan algunos españoles cuando de alianzas franco-hispanas se trata.

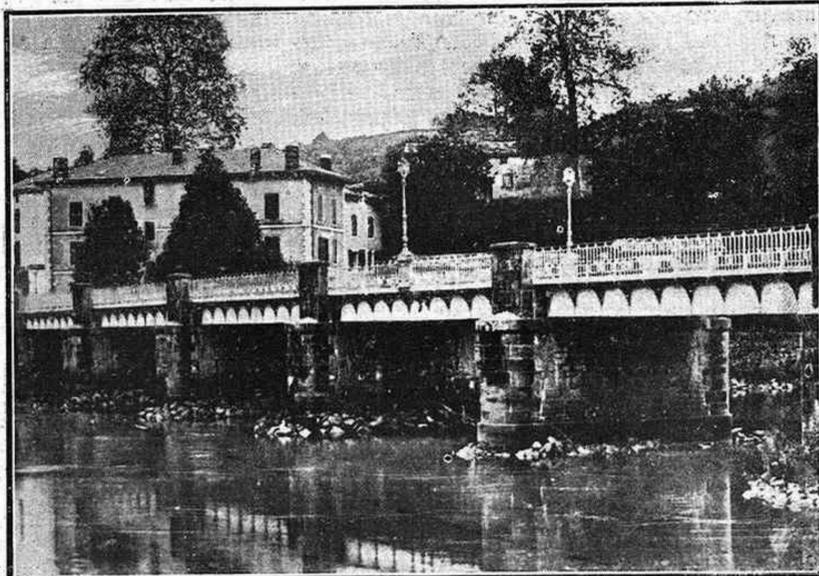
Dírfase que Francia tiende una á modo de sutil sombra sobre nuestra patria.

Sin embargo, á pesar de que la vida parece retroceder en muchos siglos, tal como ahora en esta conflagración europea, no en balde han transcurrido los años y evolucionado costumbres y privilegios de una y otra nación.

DIEGO SAN JOSÉ



Pirineos franceses y españoles que constituyen las fronteras de ambos países



Puente internacional de Behovia sobre el río Bidasoa

DE LA VIDA QUE PASA
ESPAÑOLES SIN ESPAÑA



Un paisaje de Pinar del Río

No han llegado á tí, lector, las súplicas de millares de españoles que en Argelia perecen de hambre? ¿No conoces el éxodo de millares de españoles que han huido de México abandonando sus bienes, perseguidos como alimañas á través de los campos, por las cuadrillas y partidas revolucionarias? ¿No tienes noticia de cómo en la pampa argentina numerosas familias españolas recorren leguas y leguas pidiendo trabajo y pan? ¿No has sabido el régimen de brutal esclavitud en que trabajan los españoles en los cafetales brasileños y en las praderas y bosques de Hawai? ¿No te enteraste de que el admirable surco abierto en la tierra de Panamá para que los buques pasen de uno á otro mar, ha sido empapado antes con sangre española que con el agua de los Océanos?

De vez en cuando, muy de tarde en tarde para que fuese obra de justicia, los periódicos españoles recogen uno de estos hechos y lo narran como otro suceso cualquiera, acaecido dentro de nuestras fronteras; la opinión española, cuya sensibilidad embotóse en más graves quebrantos, apenas advierte todo lo que hay en ello de afrenta á la raza y á la nacionalidad y nuestra diplomacia, moldeada y educada en cánones seculares, no cree que los expatriados, gente maleante en su mayoría que rehuye inscribirse en nuestros consulados, merezca la pena de enérgicas reclamaciones. Todo ello queda compendiado, con ser un gravísimo aspecto de nuestra vida, en una sencilla frase que oí á Canalejas: «No se puede ser español fuera de España».

Algo de esto, que yo he dicho en anteriores artículos, lo ha recogido un periódico de la Habana, *Diario Español*, para insistir en su hermosa campaña defensora de los obreros españoles, víctimas en Cuba de frecuentes atropellos. Recientemente, en los primeros días de Septiembre, plantearon una reclamación justísima los obreros de una mina de Pinar del Río, que tiene un nombre simbólico: se llama «Matahambre». Se les pagaba, computándoles el valor de la moneda, cuatro ó cinco enteros más alto que la cotización del día en los cambios de la Habana y cuando iban con esta moneda á adquirir géneros en la cantina obligatoria de la mina, se la apreciaba por las cifras del cambio que publicaban los periódicos de la Habana; esto es, cuatro ó cinco enteros más bajo del valor por el que les había sido dada.

En esa mina, como en todos los trabajos rudos de Cuba, había buen número de obreros españoles; los demás, negros y mulatos. Fueron los españoles quienes plantearon la reclamación. El director de la mina nególes el derecho á entender de cambios y cotizaciones y demás enredijos reservados á la gente de bien. Los obreros anunciaron que se retirarían del trabajo. Al salir de las oficinas les esperaban unas parejas de guardias, quienes lindamente, sin

precursoras explicaciones, sacaron sus machetes y de plano y de revés, y al descuido también de filo, apalearon á los obreros españoles. Huyeron éstos, claro es que entre maldiciones y protestas, y se desperdigaron por los campos cercanos y se refugiaron donde pudieron. Entonces ocurrió una cosa estupenda. Los guardias se dirigieron adonde estaban los obreros negros y mulatos esperando el resultado de la reclamación que ellos no se habían atrevido á hacer, y les dijeron que los obreros españoles, despedidos del trabajo por el director, al salir de las oficinas, les habían agredido é insultado y al ser castigados habían proferido injurias contra Cuba.

Los obreros negros y mulatos se sintieron poseídos de patriótico ardor y olvidándose de sus centenes mermados, emprendieron por aquellos campos la cacería de los odiados españoles. Se les encontró y fueron pateados, abofeteados, mordidos. No murieron, de milagro. Y mientras, el director de la mina y los guardias se refan... Finalmente, las autoridades han encarcelado y procesado á estos españoles.

Frente á los que aquí hacen propagandas de americanismo y entonan tiernas endechas á la confraternidad hispano-americana, yo he escrito muchas veces que en América, en toda América, las aristocracias nos desdennan, la mesocracia nos aborrece y el pueblo nos odia. Ahora, un periódico de la Habana, escrito por españoles, tiene que resucitar un artículo mío para explicarse cómo pudo más en los obreros cubanos ese aborrecimiento á los españoles, ingertado en su sangre, que el espíritu de clase, que la solidaridad proletaria, que los mismos intereses que se estaban dilucidando con el director de la mina, que simbólicamente se llama «Matahambre».

Así hemos vivido en Argelia también; así el esfuerzo español ha ido colaborando en todas las obras de intensa colonización, como si un azar inexorable castigara en esas colonias de expatriados españoles los pecados de desidia, de abandono y de incuria que cometemos cada día en el solar patrio. Están aquí nuestros campos yermos en una tercera parte de su extensión; hay numerosas minas por horadar, canales por hacer, ríos por encauzar, saltos de agua por recoger... La naturaleza, como en los bosques vírgenes, se cansa ya de esperar la mano del hombre que la fecunde. Y mientras, se deja ir á tierras de aventura y desengaño á manadas enteras de españoles, que el hambre entregará indefensos á sus explotadores.

Pero, todos los pueblos, ¿no emigran? Acaso, ¿no será una de las más bravas conquistas del hombre esta facilidad de poder dar rienda suelta á la inquietud que anida en nuestras almas, y no sentirnos amarrados al terruño en que nacimos y poder correr, mundo adelante, tras el doble engaño de la Felicidad y la Fortuna?

En las edades primarias, cada generación, forzada por el hambre, se alejaba unas leguas del lugar de sus engendadores. Los pueblos esclavos necesitaban que un vidente, un exaltado, apóstol ó profeta, poeta ó caudillo, los espolease á buscar la libertad en tierras deshabitadas. Pero, ahora, cada día más, el hombre siente la necesidad de huir del dolor, huyendo del lugar donde lo padece. Era más misericordiosa la teogonía que nos aseguraba que el dolor está en toda la Tierra, va dentro de nosotros mismos y solo huyendo á la otra vida, nos libramos de su tortura. Acaso, este ente ridículo que emprende la aventura de dar la vuelta al mundo, solo, á pie y sin dinero, sea un anticipo del hombre del porvenir.

Pero estas amenidades, buenas para escritas placenteramente en la comodidad de un despacho; buenas para leídas en la somnolencia de un digerir apacible, al lado de la mujer amada que os sonríe y de unos chiquillos que juegan á vuestros pies, mientras el gato runfla bajo su lomo arqueado el himno más poético que se conoce á la paz del hogar, no puede saberlas ni pensarlas ni decir las un gobernante ni un estadista ni un político ni un diplomático.

Para ellos no puede haber más que la tremenda verdad de aquella é íntima frase sutil de Canalejas: «No se puede ser español fuera de España.» No habría empresa política de más alta transcendencia que la de conquistar este mundo espiritual de que carecemos. Se nos darían territorios ó los conquistaríamos y en los azares de nuestro orgullo y nuestra imprevisión volveríamos á perderlos. Pero la estimación y el respeto de los pueblos extraños, una vez logrados, una vez arraigados en sus conciencias, serían como una segunda patria, una patria espiritual que abarcaría todos los confines de la tierra.

Emigran los demás pueblos; es verdad, y emigran algunos con vicios y defectos semejantes á los nuestros, pero tras ellos queda una nación, como Italia, vigilante de las expansiones de su raza; queda una diplomacia cuidadosa, queda una patria, en fin, que no quiere desprenderse de los hijos que la abandonan, que los considera siempre suyos...

Nuestros son aquellos pobres españoles que después de apaleados, padecen en la cárcel de Pinar del Río el delirio de no haber querido dejar que les robaran unos centenes en la mina que simbólicamente se llama «Matahambre».

DIONISIO PEREZ

LOS QUE FUERON BRETÓN DE LOS HERREROS, PERIODISTA

Es tanto lo que se ha escrito acerca de don Manuel Bretón de los Herreros como autor dramático, que todo lo que se añada insistiendo en ese tema, resultará repetición de lo ya dicho y, por consiguiente, desprovisto de novedad y de interés.

Hay otro aspecto literario poco conocido y por extremo interesante en la vida de Bretón, que se presta á muy sabrosos comentarios, y de ese aspecto y de sus lógicas derivaciones se ha de tratar en estas líneas.

En 1825, cuando ya había estrenado seis obras con éxito satisfactorio, tres de ellas originales y las otras tres traducidas, emprendió la carrera de periodista y entró á formar parte de la redacción de *El Diario Literario y Mercantil*, el cual, como los valientes y el buen vino, duró poco, pues sólo vivió unos meses. Después fué redactor sucesivamente de *El Correo Literario y Mercantil*, *La Aurora de España*, *La Abeja*, *El Universal*, *La Ley* y no sé si de algún otro.

Como la literatura dramática producía entonces muy poco, pues nada se había aún legislado acerca de los derechos de autor, no era extraño que un autor de comedias fuese á la vez periodista al objeto de procurarse recursos por cuantos medios estuvieran á su alcance.

Lo que no es admisible en buena lógica y sana moral, es que un autor dramático en ejercicio, ejerza á la vez como periodista la crítica teatral. Los juicios del autor crítico no pueden tener ningún valor, carecen por completo de autoridad. Si es benévolo por sistema y se inclina más al elogio que á la censura, el público tiene derecho á creer que se trata de un juego de compadres, de una sociedad de bombos mutuos; y si por el contrario es rígido, severo y exigente, también hay derecho á creer sin que haya necesidad de extremar la suspicacia, que la envidia y la rivalidad mueven su pluma. De todas suertes, su crítica es baldía y resulta inmoral.

Bretón de los Herreros, el célebre comediógrafo, incurrió en esa falta gravísima. A este propósito, uno de sus biógrafos, el Marqués de Molins, nada sospechoso tratándose del autor de *Marcela*, escribe lo siguiente:

«Pasando de la parte especulativa á la práctica, esto es, al análisis crítico de las piezas que sucesivamente se ponían en escena, á nadie sorprenderá que por razonable que fuese la doctrina y por tolerante que se mostrase el crítico, encontrase defectos, y que diciéndolos topase con gente que no los tuviese por tales, ni se aviniese á la censura del periodista y menos aun á la del cofrade en la profesión. Proporcionóle ésto á nuestro buen Bretón serios disgustos.»

Y era lógico y natural que así sucediera. «Quien siembra vientos recoge tempestades» y pronto tendrá el lector ocasión de ver la clase de vientos que sembraba el autor-crítico.

El insigne Mariano José de Larra, que hizo famoso é inmortal el pseudónimo de *Figaro*, además de crítico incomparable é inimitable escritor de costumbres, quiso ser autor dramático y, después de algunas traducciones, dió en el teatro del Príncipe el 29 de Abril de 1851, su comedia original titulada *No más mostrador*. Acerca de este extremo publicó Bretón dos días después en *El Correo Literario y Mercantil*, las siguientes líneas:

«*No más mostrador* la titula el autor, y *Más mostrador* quisiera yo en ella. Desde el acto primero hasta el quinto progresa la intriga en muchas escenas con demasiada independencia de la idea capital, que dicho título parece anunciar; y no sé si convendría más á la pieza el de *Al mostrador me atengo*.»

«El carácter de doña Bibiana me parece exagerado en algunas ocasiones, porque no se necesitaba mostrarse insensible y viciosa, para ser vana y extravagante. La vergonzosa cobardía del conde tampoco nos parece muy verosímil. Hay algunas escenas que no están bien ligadas entre sí.»

«En el acto quinto los interlocutores entran y salen con poco fundamento, y se buscan sin encontrarse dentro de una casa donde hay demasiados sirvientes que pudieran ahorrarles tan ímproba fatiga. El escondite del conde, para que pueda saber que otro le ha suplantado, entra en el número de los tristes recursos, y con más razón el olvido de su cartera que no se justifi-



MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS

ca, y aun justificado podría parecer repugnante.» El varapalo, como ve el lector, no puede ser más duro ni más apasionado. ¿Es que en la comedia de Larra todos eran defectos, sin que pudiera señalarse una sola belleza, un acierto parcial, un solo rasgo de ingenio, tratándose de escritor tan eminente? Si algo bueno encontró el autor-crítico se lo calló prudentemente, lo cual acusa parcialidad deliberada.

Tan sañuda crítica—que es de suponer como le sentaría á *Figaro*—parece inspirada en algún resentimiento personal y tener por objeto vengar un agravio. En este caso, habría que creer que Bretón tenía resentimientos con todos los que estrenaban comedias, porque generalmente era duro y agresivo, y muy contada la obra que, condicionalmente, le merecía algún elogio... y ninguna le llenaba por completo.

Seis ó siete días después de *No más mostrador*, se estrenó una comedia del escritor gaditano Flores Arenas, titulada *Coquetismo y presunción* y no obstante haber obtenido un éxito excelente, Bretón refirió el argumento en broma, para llegar á la siguiente conclusión:

«Leída esta breve explicación de la comedia, parece natural sacar en consecuencia que es muy mala.»

Luego, echando una de cal y otra de arena, dice que no quiere extremar el rigor con un principiante y habla de su inexperiencia como disculpa y atenuación de sus defectos.

Como era lógico, á los paisanos de Flores Arenas les sentó mal aquella crítica, y uno de ellos envió al *Diario Mercantil de Cádiz* una carta en la cual se lee el siguiente parrafito:

«No obstante el éxito magnífico de la comedia, un corto número de hambrientos traductores, cuyo corifeo es un tal B, se esfuerzan en desacreditarla.»

Su manía crítica le llevaba hasta el extremo de que le llamasen *un tal*, cuando ya era *alguien*. Pero el disgusto verdaderamente serio con quien lo tuvo fué con Larra. El insigne crítico empezó á tratarle con desdén, que era lo que más mortificaba al crítico-autor. *Figaro* le aludía directamente, en pocas líneas, y sin nombrarle; tradujo Bretón *Catalina Howard*, y Larra se limitó á decir:

«Desde Comella hasta nosotros ni han transcurrido más que veintitantos años, ni en éstos hemos disfrutado más que tres comedias de Moratín, otras tantas de Gorostiza, alguna de algún otro y varias traducciones no todas buenas.»

Aludiendo á las comedias originales y á las poesías sueltas de Bretón, escribía *Figaro*:

«Rehusámós, lo que se llama en el día *literatura* entre nosotros; no queremos esa literatura reducida á las galas del decir, *al son de la rima*, á entonar SONETOS Y ODAS DE CIRCUNSTANCIAS, que concede todo á la expresión y nada á la idea.»

La alusión no podía ser más clara, ni más mortificante por lo exacta. Como Larra no daba entonces nada al teatro, Bretón le agredía, satirizándole, en sus comedias: dos nada menos le consagró: *Me voy de Madrid* y *La redacción de un periódico*, obras que agradaron muy poco y que la crítica trató duramente. ¡Herir por los mismos filos!... En el propio periódico donde él se metía con todo el mundo, en *La Abeja*, lo trató Pacheco, que era el director, despiadadamente...

Viendo Bretón que los literatos de más fuste se iban poniendo de parte de Larra en aquella contienda y que sus comedias satíricas eran contraproducentes y no lograban el favor del público, entró en vivos deseos de hacer las paces con su *enemigo*... ya que éste llevaba la mejor parte en la pelea.

Había por entonces al final de la calle de Fuenarral, á la izquierda, una fonda famosa intitulada *Jardín de Apolo*, en cuyo lugar y por invitación del Marqués de Molins, se reunieron una tarde de Julio de 1856 muchos de los escritores de más brillante reputación. El pretexto era celebrar con una comida el nombramiento de Bibliotecario segundo de la Biblioteca Real, que había otorgado á Bretón de los Herreros el Duque de Rivas, ministro á la sazón; pero el motivo verdadero era procurar la reconciliación entre Bretón y *Figaro*. A los postres, el Marqués de Molins, como anfitrión, hubo de romper la marcha en los brindis, é improvisó el siguiente:

«Amigos, hermanos, brindo
porque Dios en este día
colme la esperanza mía
y trueque en el sacro Pindo
el rencor en simpatía.»

Aquí dejó la palabra el autor del brindis, que era, como se ve, el más empeñado en la reconciliación:

«Callaron todos... mirábanse unos á otros, y paseaban sus miradas de Larra á Bretón y de Bretón á Larra. Al cabo Ventura Vega, que estaba frente á mí y que tenía á su derecha á *Figaro*, con acento conmovido y con aquella elocuentísima expresión en que nadie le ha igualado, se levantó y dijo:

«Dios oiga tu voz, Mariano,
todo rencor se desecha;
el vate es del vate hermano;
si hay quien alargue una mano,
yo sé que habrá quien la estreche.»

No se había sentado aún, cuando Bretón se levantó. ¿Quién podía en aquel tiempo atajar su vena fácil, una vez puesta á prueba? Y dijo mirando á Larra:

«No aguardo á que tú comiences;
quédese el rencor odioso
para enemigos vascuences.
Yo te vencí rencoroso,
tú generoso me vences.»

Levantáronse ambos y corrieron uno al otro y abrazáronse entre el aplauso de todos, y (también hay que decirlo) las lágrimas de ternura de algunos.

Todo estuvo bien, menos lo de adjudicar el *rencor odioso* á los vascuences. El ripio es morrocotudo, aunque disculpable en tal momento, por la emoción que le embargaría; y también por aquello de

«¡Fuerza del consonante á lo que obligas,
á decir que son blancas las hormigas!..»

De lo anotado se deduce lógicamente que Bretón de los Herreros, que todo lo merece como autor dramático, deja mucho que desear como periodista, por haberse metido imprudentemente en el terreno de la crítica teatral, que debió estar vedado para él mientras fué autor de comedias. Parece mentira que hombre de su gran talento no lo entendiera así. Lo malo es que en este sentido, en el de autor-crítico, ha dejado descendencia.

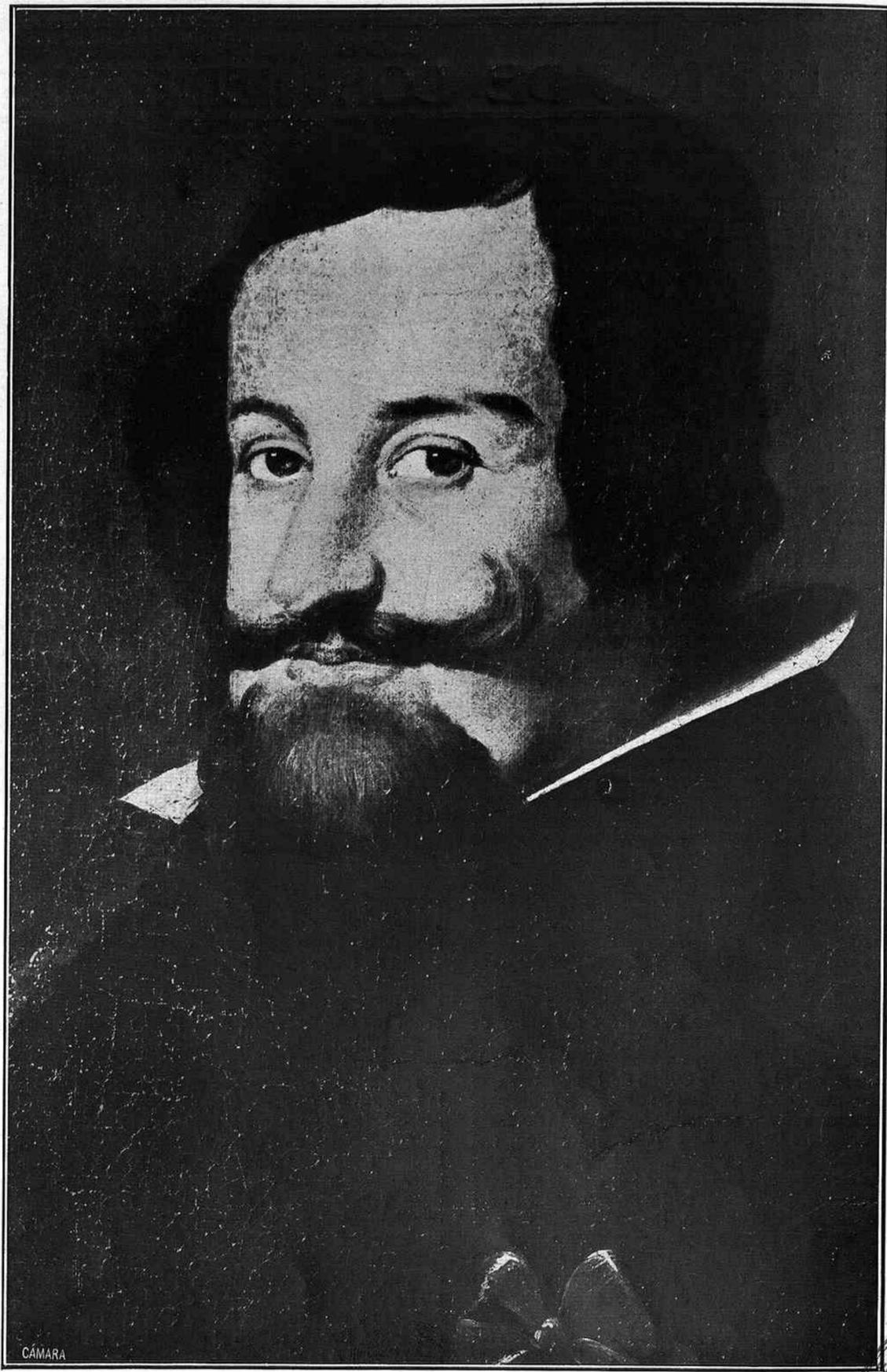
FRANCISCO FLORES GARCIA

NOTAS ARTÍSTICAS

VELÁZQUEZ

CUADROS DESCONOCIDOS

Es don Francisco Belda y Pérez de Nueros, uno de los hombres verdaderamente ilustres, que sin ir embozados en ampulosas capas de adjetivos, pueden vanagloriarse de figurar por derecho propio entre los más dignos de loa de la España de nuestros días. Hidalgo por estirpe y modesto por ingénita condición suya, con juicio sano y recto y erudición vastísima y profunda, rinde á la tradición y al arte puro la pleitesía de su alma, la atención de su siempre desvelada cultura y un esfuerzo paciente para depurar verdades artísticas. A él únicamente se debe la identificación de los seis Goyas que el Banco de España posee, y de los cuales se daban dos como auténticos y los demás como meras copias del estilo y modalidad del gran pintor. Pero á la vista de águila del buen don Francisco, no se había escapado el verdadero origen de tales lienzos donde vefa como en relieve, la firma del gran autor que los mejores técnicos no habían podido reconocer. Aquellos cuadros eran Goyas legítimos. Revolviendo papeles, halló y perdió el rastro, desorientándose, pero sin cejar en su empeño y acordándose de que en los libros pertenecientes al Banco de San Carlos, debían existir algunos antecedentes de los tales lienzos, no sólo dió con pruebas suficientes para confirmar su creencia, sino que llegó á encontrar, con sus correspondientes faltas de ortografía, de que el artista era tan pródigo, los recibos auténticos del gran pintor, detallando los cuadros á que se referían y que no eran



Cabeza del retrato del Conde de Olivares



D. GASPARD DE GUZMÁN
Conde de Olivares

otros que los ya señalados, y que aparecieron en la exposición del retrato, no ya como obras achacadas, sino como debidas al inimitable pincel de don Francisco de Goya y Lucientes.

No parece sino que los antiguos pintores, por un singular humorismo ó sana costumbre de modestia, se abstendían de firmar sus lienzos ya con el fin de poner á prueba la sagacidad de las generaciones futuras ó ya por bastarle con la gloria inmediata de la admiración de sus contemporáneos. Quizá los más eminentes tuvieran la seguridad de que la soberanía de su estilo, resultando inconfundible, no diera lugar á errores sobre el origen de las obras, pero lo cierto es, que como la identificación sólo se remitía al detalle suelto que era una contraseña especial—tales como en Velázquez el papel caído y en Téniers el otro detalle muy bien relegado por cierto al fondo del cuadro y de la vida—, como sólo había, decimos, este medio de comprobación para los no avisados y existieron artistas verdaderamente grandes, que en vez de crear se ciñeron á imitar con rara perfección la manera de aquellos ilustres maestros, no es extraño que la confusión existiera, necesitándose un estudio maravilloso

de la línea, del estilo y del secreto del colorido peculiar de cada pintor para poder atestiguar de un modo indudable la procedencia de cada cuadro. Más prácticos los modernos pintores, jamás se olvidan de entregar sus firmas, con claros y luminosos caracteres, á la celebridad que puedan merecer sus líneas, para comodidad y certidumbre de sus apasionados en lo futuro.

Entre la rica y rara colección que el señor Belda posee, existen otros dos lienzos del gran Velázquez, no atribuidos sino también legítimos, como lo prueban sus mismos detalles. Es uno de ellos, el que representa al favorito Conde-Duque de Olivares. La perspicacia de su poseedor, ha descubierto hasta la fecha en que fué pintado, fundándose en simples datos cronológicos.

Efectivamente, en Septiembre de 1623, vacó la Encomienda Mayor de Alcántara por haber pasado el Marqués de Castel Rodrigo á la Orden de Cristo en Portugal, y el Conde de Olivares obtuvo entonces aquella ilustre *sinecura*, dejando al efecto la Orden de Calatrava á que su padre y él habían pertenecido, comenzando, pues, desde tal ocasión, á ostentar la cruz verde de Alcántara.



Cabeza del retrato de la Reina Isabel

Hasta Noviembre de 1625 no fué nombrado general de la Caballería, lo cual le dió motivo para ceñirse la banda carmesí, distintivo del generalato y que llevó siempre.

Entre estas dos fechas pintó, indudablemente, Velázquez el hermoso retrato que ilustra estas líneas, sirviendo de orientación para asegurarlo así, el detalle de que el modelo aparezca con el cuello liso, que comenzaron á usar el Rey, su hermano don Carlos y el Conde de Olivares el Miércoles de Ceniza de 1623, en observancia de la pragmática prohibitiva de los costosos cuellos de encajes, promulgada á fines de 1622, ostentando el Conde Duque la cruz de Alcántara en la capa y sobre el pecho, con ausencia absoluta del distintivo del generalato.

Este retrato de Olivares es, pues, el que más joven nos le representa, puesto que debió ser concluido por el pintor insigne en 1624, cuando el valido apenas frisaba en el octavo lustro de su edad, aunque ya venía usando peluca, dato que no todos conocen.

Hacia más de un año que el Conde Duque dispensaba su favor á Velázquez, el cual no sólo hubo de retratar muchas veces á su poderoso

protector, sino también—y valiéndose de retratos de pintores ajenos—al anterior Conde de Olivares, don Enrique (padre de don Gaspar), personaje representado en uno de los lienzos que pertenecieron á la casa ducal de Villahermosa y que erróneamente se expuso como la fiel imagen del Conde Duque.

De éste, y en tamaño de cuerpo entero, se conocen tres retratos atribuidos á Velázquez; el que conserva en Inglaterra mister Huth; el que perteneció á mister Holfordt, y es actualmente propiedad de la «Hispania Society» de Nueva York, y el del Museo del Hermitage de San Petersburgo. Los dos primeros, repetición uno de otro, con ligeras variantes, y sobre todo el de Rusia, en el que Olivares aparece con la banda de general, representan al favorito en edad más madura que el que aparece en la colección de don Francisco Belda.

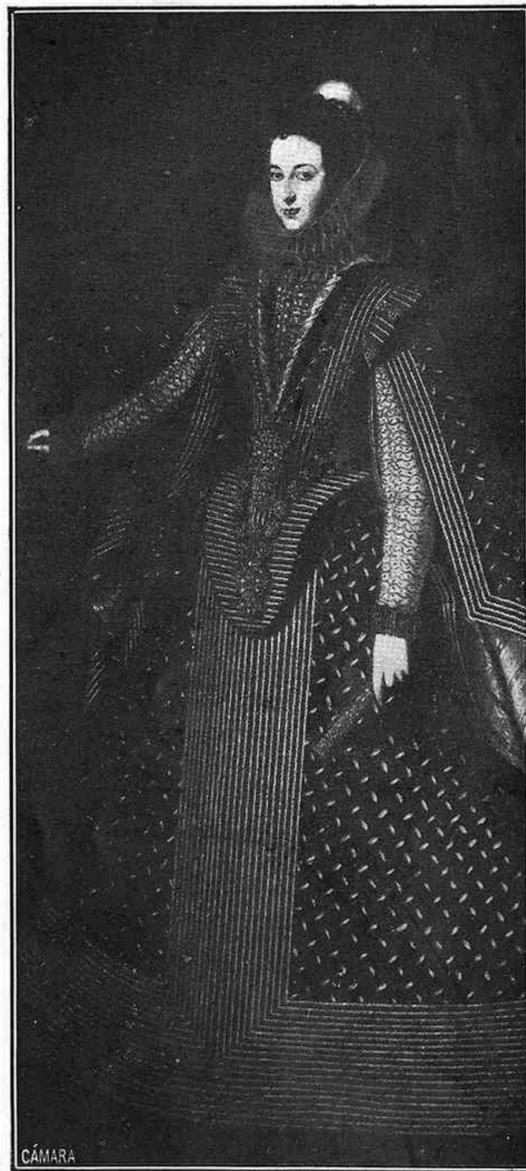
El segundo original que reproducimos, es el de la Reina Isabel de Borbón, primera esposa de Felipe IV, varias veces retratada por el maravilloso pincel de don Diego Velázquez de Silva, y que es la que figura en uno de los cinco retratos ecuestres que pintó aquél para el Salón de

Reinas del Buen Retiro, con semblante, actitud de cabeza y tocado, casi idénticos al del retrato reproducido en estas páginas. Su belleza explica, ya que no disculpe, la imprudente afición de Villamediana, que excitó la maledicencia popular, entregando á merced de la sátira y á la caprichosa fantasía de los novelistas, completamente desdibujada, la gentil figura de esta Reina que no dió jamás, al jactancioso poeta, motivo alguno que justificara su pasión, más bien fuego del espíritu, que profunda afección del alma.

Hemos de hablar también del hallazgo de un boceto, estudio del natural, de imponderable maestría y cuya reproducción aparecerá en uno de los números de LA ESFERA. Dicho hallazgo es verdaderamente curioso. El señor Belda, enamorado ferviente del arte desde su primera mocedad, paseaba siendo estudiante por el famoso Rastro de Madrid, cuando ante un inmenso montón de cosas heterogéneas, descubrió el lienzo que á primera vista le reveló algo del inconfundible estilo de Velázquez. Loco de contento se dirigió á su casa con su reliquia, inquiriendo durante su marcha detalles que confirmaban la autenticidad del precioso encuentro. Las líneas, la factura, el colorido, la patina que la mano del tiempo había dejado resbalar sobre la obra del famoso pintor sevillano, el bastidor que sujetaba al lienzo, todo eso era algo así como expresiva lengua que iba refiriéndole una extraña peregrinación á través del tiempo, de la ignorancia y del descuido. Viéronlo mil doctos, ojos perspicaces en eso de deletrear en los rasgos reveladores del pasado, y todos abundaron en la opinión del señor Belda, de que tal maravillosa obra era indudablemente de Velázquez.

Religiosamente conservado, con el esmero que despierta el cuidado del que sabe apreciar cosas cuya posesión enaltece al que es digno de ellas, don Francisco mide en su desvelo artístico hasta la cantidad de luz que sus cuadros han de recibir. Conservador más afanoso no lo tendrá seguramente ningún Museo, ya que esta cualidad y esta condición de desvelado y afanoso, no puede tenerla sino aquel que siente el noble afán de un arte, que al mismo tiempo sabe practicar y admirar.

UN CHICO DEL MUSEO

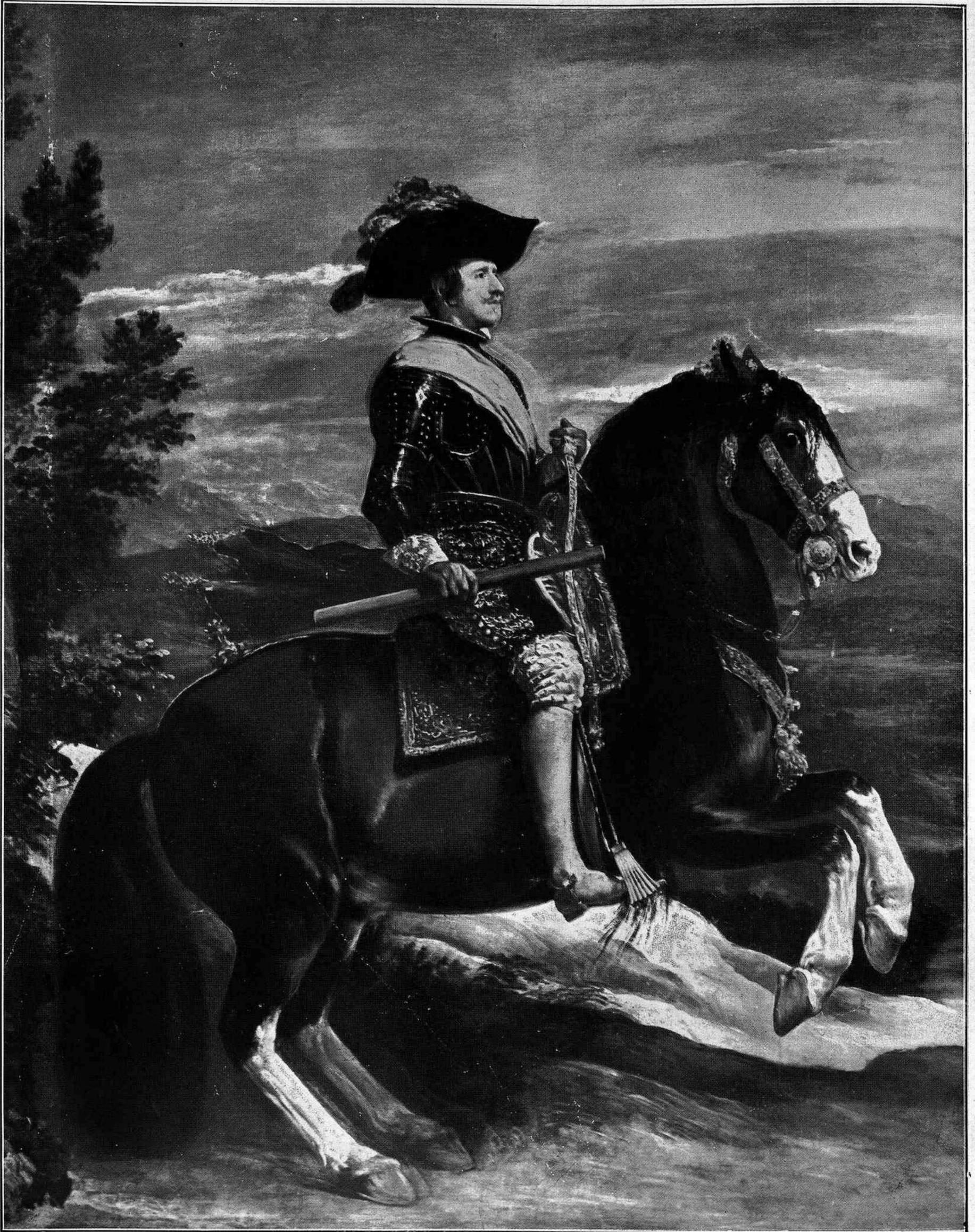


LA REINA ISABEL DE BORBÓN
Primera esposa de Felipe IV



LA ESFERA

LAS JOYAS DE LA PINTURA



CARLOS IV

Si eh?

Cuadro de Velázquez, que se conserva en el Museo del Prado



LA LUCHA ENTRE EL OSO Y EL ÁGUILA



Una carga á la bayoneta de la Infantería rusa á las líneas alemanas, entre Korschen y Bartenstein (Prusia Oriental), el 26 de Agosto

Al mediar del día 26 de Agosto, en un lugar no muy distante de la frontera ruso-alemana, entre Korschen y Bartenstein, ocurrió el primer choque entre el oso blanco y el águila germánica. Unos quince mil rusos, entre los que figuraban algunos batallones de la Guardia Imperial, atacaron denodadamente el centro alemán, com-

puesto de unos diez mil hombres. La lucha fué enconadísima y larga, terminando con una terrible carga á la bayoneta dada por los rusos. El cuerpo á cuerpo fué horrible, quedando sembradas de cadáveres las trincheras alemanas. Este dramático momento del combate ha sido reconstituido con pasmosa verdad, por Matania.





HOLANDA EN PELIGRO

PRIMERO los estampidos de cañones alemanes, tan próximos, derribando las ciudades belgas y dejando en trágica inmovilidad a los hermanos de ojos azules y cabellos de lino; ahora los periódicos ingleses acusándola de proteger a Alemania ofreciendo sus puertos a barcos con víveres...

Primero vuelos de águila; ahora la fosforescencia de dos felinas pupilas de leopardo que retroceden y llamean en la sombra anunciando el salto.

Lo mismo si chocaran aquilinas alas contra las aspas de sus molinos ó en los mástiles y cordajes de sus navíos, que si las zarpas se hundieran en el césped mullido de sus verdes planicies, Holanda sería tan infortunada como su hermana Bélgica.

Uno de esos bellos cuentos de brujería y fatalidad, hechos para libros infantiles y consejas de hogar, parece el momento.

Va la aldeana con su cofia nívea de afiligranados cuernecillos de oro, con sus siete faldas sobrepuestas que fingen una campana ó una flor de cáliz enorme, con sus zuecos blancos que van sobre el césped como rotas guedijas de espuma en la otra verdosidad de los mares. Le brinca de alegría el corazón porque piensa en la kermesse de Arnhem dominical, donde la aguarda el amado, acaso un rubio pescador de Scheveningue ó un artillero con sus brandeburgos amarillos—el amado que la regala tulipanes y jacintos y los dulces bombones «Naags-copsjes».

De pronto el cielo, envelado por el vapor ceniciento que despiden los canales, parece nublarse. La aldeana levanta la cabeza. Un águila vuela sobre ella en anchos círculos que se van estrechando y descendiendo, descendiendo...

El águila además de traer el pico y las garras ensangrentadas, tiene una ala casi desplumada.

Al llegar junto a la holandesa, le cuenta una historia terrible, la amenaza con matarla como a la humilde beguina, su hermana, de las ciudades llenas de templos y palacios. En

ENTRE EL LEOPARDO Y EL ÁGUILA

como en los cuentos; pero el leopardo acecha. Es el más terrible enemigo del águila; más que el oso blanco, tan pesado, tan lento; más que el gallo, fanfarrón, vocinglero y simpático.

Y la holandesa vuelve a sentir el temor de antes.

Peor que antes, porque el leopardo es cauto y temible por su astucia. Acecha siempre los momentos propicios para no dar el salto en balde.

¿Cómo terminará el cuento brujo? En eso piensan las encajeras, gentiles y plácidas bajo sus cofias de la Frisia severa y norteña; eso busca en los periódicos ansiosamente el pescador de Zuiderzée; eso es lo que tiembla en las palabras de los buenos burgueses de Amsterdam, brinca como malignos diablillos en los versículos bíblicos que lee una viejecita de la otra ribera del Moerdyck, en donde hay según dice Camilo Lemonnier «puentecillos y kioscos como en las viejas fayenzas y en las bacías azules y los azules platos campesinos.»

Todavía está más alta la inquietud: en la frente de Guillermina, que dentro de nuestros recuerdos sigue siendo siempre una reinicita niña, en un país de juguete...

ooo

Sin embargo...

Acaso hagan mal en confiar demasiado Alemania é Inglaterra. No son los pueblos fuertes, de los que ocultan sus mercantilismos detrás de sus ejércitos como un joyero sus joyas detrás de los enrejados del escaparate, los que ahora demuestran heroismos. Son las naciones plácidas y tranquilas, ó la nación frívola y sentimental. Como Bélgica y como Francia, Holanda acaso dé ejemplos bellos de energía inesperada.

Por de pronto ya anuncia su futuro heroísmo en caso de que el leopardo ó el águila se censan de respetar su neutralidad.

Este pueblo que desde hace trece siglos se ha defendido del agua, llamará entonces al agua en su auxilio.

«Cuando de Harlem ó de Amsterdam—dice Alfredo Eugenio en su obra *La Neerlandia y la Vida neerlandesa*—se ha visto el enorme *troule* amarillento

cambio, si la ayuda a defender las plumas de la otra ala, los aceros un poco mellados de sus garras y no tiene temor de abrirla el pico ensangrentado para que coma, el águila la defenderá y la enriquecerá...

La holandesa acepta y sigue camino adelante



Un holandés leyendo las noticias de la guerra

extenderse hasta perderse de vista su leve marco de lodo, se ve cómo arrojando este cebo al monstruo logra el hombre salvarse.»

Al contrario de las lejanas tribus germánicas de cazadores y pescadores que, vestidos con pieles de focas y navegando sobre barcas de cuero, lucharon por hacer habitable aquella tierra que se hundía bajo sus pies, estos holandeses civilizados de hoy, que conservan todas las serenas y tranquilas virtudes de su raza harán que la tierra se hunda bajo los pies invasores y que el agua dominada, obligada a serles útil, anegue los rientes pueblillos de casas rosadas y huertos rientes...

«Antes inundada que hollada nuestra tierra por el enemigo» (*Liever bedorven, dan ver'oren land*) es el lema.

Son sus diques armas de doble filo. El agua invadiría prados, aldeas y caminos: por Muiden á Zuiderzee; por Utrech hasta Gorkunk sobre el Mosa.

Todo el Norte de Holanda sería una gran isla, desde el Mosa al Relder...

Así esperarían, sonrientes y tranquilos, la muerte y escucharían sin miedo el rumor misterioso del cañón, como sus abuelos de otro siglo oyeron los del viejo Ruyter, al entrar victorioso en el puerto.

No se puede pensar en Holanda sin sentir una vaga melancolía, una lánguida emoción de bienestar. Acaso en los espíritus guerreros de las otras naciones prendió también esta flor de en-



Holandesas haciendo encaje

sueño, el deseo de levantar en La Haya un Palacio para las Conferencias de la Paz.

Reino de bellas muchachas, regido por una mujer, donde todo tiene somnolencia de canción —¡oh, las canciones de la antigua Holanda, tan sugeridoras!—les pareció más propicio que ningún otro para discutir la obligación de amarse unos á otros y el derecho á romper las armas y poner, como en el dibujo de Uruette, un ramo de rosas en el tubo, aún vibrante y ardoroso, del cañón.

Sus pintores Ruysdael, Van Goyen, Van-der-Nez, su novelista Conscience, su poeta Jacobo Cats, dan sensaciones de hogar y de ternura. En tiempos más lejanos todavía, en los siglos xiii y xiv, no cultivaba la poesía holandesa, los lances

caballerescos ó fabulosos, las aventuras audaces y la inquietud de los horizontes, sino la vida honesta, el amor al prójimo, el culto de la belleza y las pasiones sencillas y santas.

¿Qué impresión causa Holanda al viajero? Releamos á Taine en su admirable libro *La peinture dans les Pays-Bas*: «Desde las cinco de la mañana lavan los criados y porteros con lejías las calles. En las cercanías de Amsterdam las ciudades parecen decorados teatrales de tan adornadas y brillantes. Hay establos en que el suelo está limpio como un salón de baile; solo en zapatillas se entra á ellos y escandalizaría la menor suciedad; la misma cola de las vacas está sujeta con una cinta para que no se la manchen. Se prohíbe á los coches entrar en las quintas;

las calles, de ladrillo y argamasa, están más limpias que los vestíbulos de otras casas europeas. En otoño los niños son los encargados de recoger las hojas secas y caídas...»

Conforme las balas prusianas destruían las ciudades belgas y sus nombres de eco tan glorioso para España, volvían á sonar entre el estrépito de los cañonazos, era como si por segunda vez nuestra patria sintiera correr su sangre por mal cerradas heridas. Ahora al pensar que Holanda atraviesa el peligro de ser también invadida por ejércitos enemigos, vuelve España á sentir el dolor de una amargura propia.

José FRANCÉS



LA GUERRA EN LA FRONTERA AUSTRO-RUSA

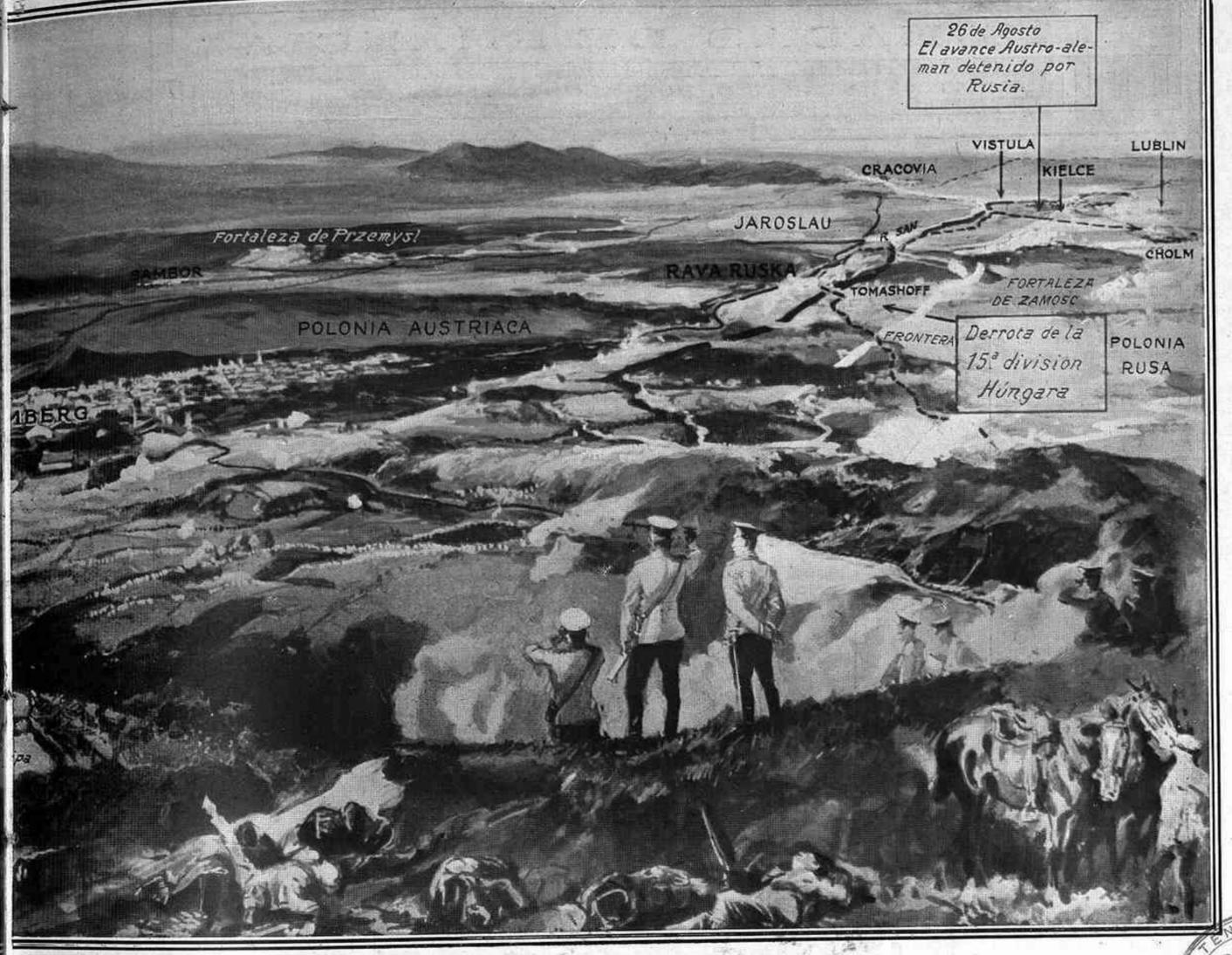
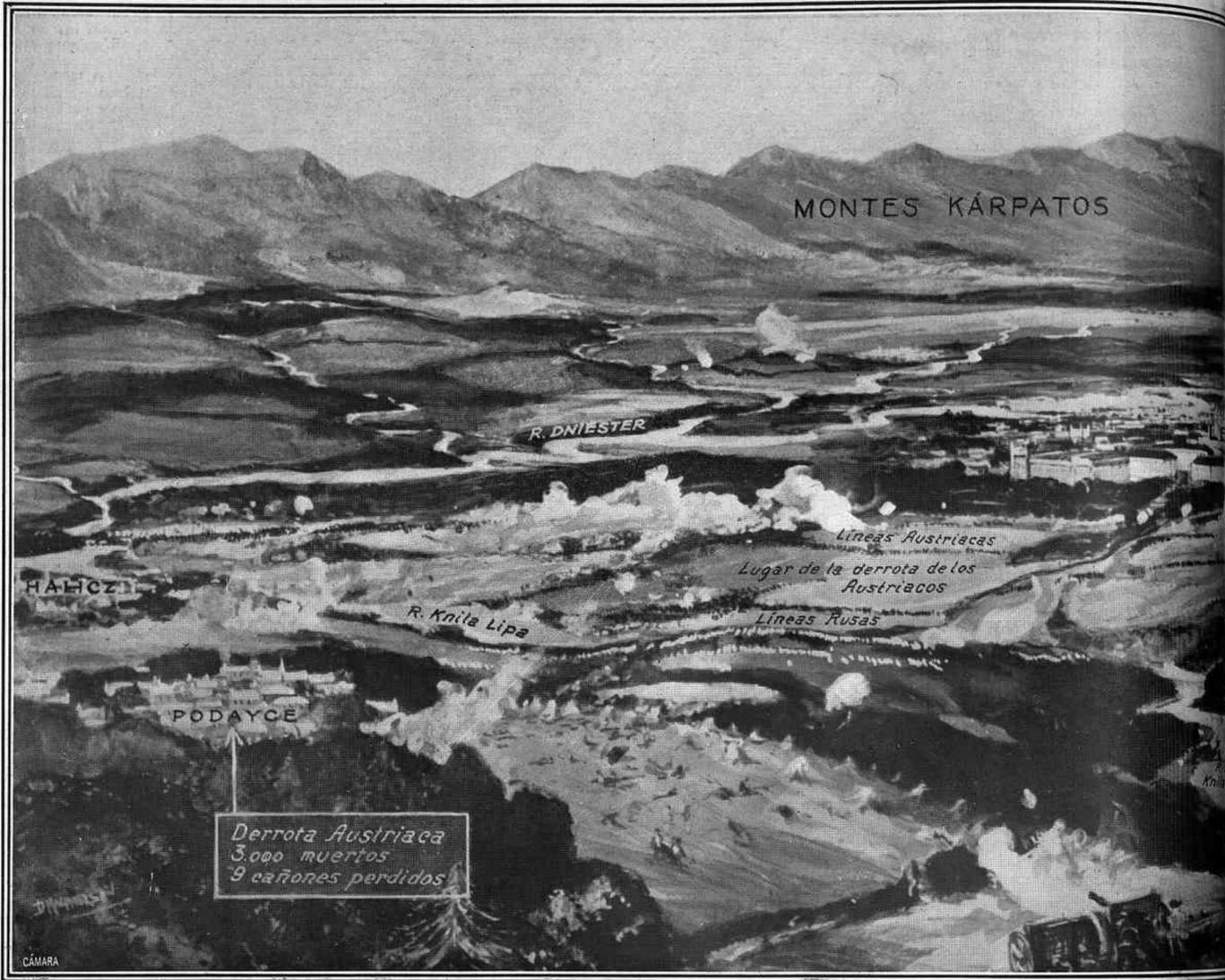


Gráfico del ataque de las posiciones austriacas en Lemberg por el Ejército ruso

El imperio austro-húngaro, mosaico de razas y de religiones, tiene un ejército fuerte, instruido, poderoso, dotado con rico material de combate y diestramente preparado para la pelea, y aunque las noticias recibidas de aquel lejano teatro de operaciones son muy contradictorias, parecen sedimentar una cadena de desastres que dejan mal parada la justa fama de unos soldados siempre bizarros.

Tras las derrotas que la pujanza bravía de los serbios infligió á la ofensiva austriaca, vienen las victorias de las huestes del zar sobre las del viejo emperador Francisco José.

Es un hecho comprobado que la caballería austriaca en audaces raids consiguió entorpecer la pesada movilización moscovita. Los soldados austriacos invadieron el valle de Vístula, en plan combinado con el ejército teutón, venciendo, al parecer, en Lublin y Krasnik; mas, no obstante estas débiles victorias, derrotados en las inmediaciones de Lemberg, tuvieron precisión estratégica de retirarse para atender á la defensa del boquete de Cracovia.

En la Galitzia los descalabros austriacos se sucedieron ante la tenaz invasión rusa, y las fuerzas maltrechas buscaron rápido refugio en la plaza fuerte de Przemysl.

Las victorias de Kranisk por los ejércitos de los generales Dankl y Auffenberg y el archiduque Luis Fernando, y la de Zamosk, quedaron anulados con el triunfo de los rusos en Tomashoff, éxito que obligó á los austriacos á retirarse precipitadamente repasando las fronteras de la Polonia rusa, tras diez y siete días de lucha tenaz, y dejando en poder de los moscovitas rico botín y numerosos prisioneros.

El avance ruso por la Galitzia fué lento, pero eficaz: millares de prisioneros, multitud de cañones, banderas, material de guerra, fueron presa de los invasores.

El croquis marca claramente, según referencias de origen inglés, las diversas posiciones de los beligerantes; según estas referencias, en el



Un campamento de Infantería rusa en territorio austriaco

POT. CH. FLAVIENS



Reservistas húngaros pasando lista en las calles de Budapest

POT. PARRONDO

avance austro-germano el 26 de Agosto, se inició la serie de descalabros con la pérdida de 5.000 prisioneros.

Días después una división húngara, la 15.ª, perdía á su general sobre el mismo campo de batalla y dejaba en poder de los moscovitas 5.000 prisioneros, 20 cañones y un estandarte.

En Podayce una nueva derrota de los austriacos les hacía entregar 5.000 prisioneros y nueve cañones.

Desde el 25 de Agosto al 10 de Septiembre duraron estas operaciones continuadas, en las que el general ruso Rouzski dió pruebas de gran valía, batiendo á las fuerzas austro-germanas en el ángulo de confluencia del Vístula y del San. Los regimientos húngaros resistieron el centro de la línea, con desesperado tesón; pero los moscovitas continuaron su lento avance, apoderándose de las fortificaciones de Opolo, Taurobine y de Tomashoff, Mysánee y Choazelles.

Mas no se estime, por estos desastres, imposibilitado de toda reacción al ejército austro-húngaro. Puede aún rehacerse, y á poca costa defender la barrera infranqueable de los Kárpatos en sus cuatro defladeros estrechísimos: el de Delatus, entre los fuertes del Prat y el Tizza, con más de 1.000 metros de altura sobre el nivel del mar; el de Vereczke, con 851; el de Supkop, con 684, y el de Dukla, al Sur de Przemyls, y fuera, por lo tanto, de la hipotética línea rusa de invasión.

Es, por consiguiente, de creer que desde la Transilvania húngara á Cracovia no habrá invasión moscovita. Sólo puede seguir ésta una dirección intermedia entre las fuentes del Oder y las del Moravia, por un desfiladero de terreno accidentado de 40 á 50 kilómetros de amplitud, entre Troppan y Neu Titschen, en las estribaciones orientales de los montes de Bohemia, aquélla, y en el término occidental de los Kárpatos ésta.

Por ello las victorias moscovitas en la Galitzia son más políticas que estratégicas; si bien tienen que apuntarse en su haber el quebrantamiento de un ejército tan preparado como el austro-húngaro.—AURELIO MATILLA

BIEN DE BIBLIOTECA

LAS HADAS DE FRANCIA

CUENTO FANTÁSTICO, POR ALPHONSE DAUDET

LEVÁNTESE la acusada.

Marcóse un movimiento en el horrible banquillo de las petroleras, y algo informe, rechinando los dientes, fué á apoyarse en la barra. Era un montón de harapos, de agujeros, de remiendos, de hilachas de flores marchitas, de viejos penachos y bajo él una pobre figura ajada, parda, arrugada, resquebrajada, en donde la malicia de dos ojillos negros se removía de entre las arrugas como una sabandija en la grieta de un viejo paredón.

—¿Cómo se llama usted?—se le preguntó.

—Melusina.

—¿Cómo dice usted?

Ella, muy formalmente, repitió:

—Melusina.

Bajo su fuerte bigotazo de coronel de dragones, el presidente sintió afluir una sonrisa, pero continuó sin pestañear:

—¿La edad de usted?

—¡Qué sé yo!

—¿Su profesión?

—¡Yo soy Hada!

Esta vez, el auditorio, el consejo, el propio comisario del Gobierno, todo el mundo soltó el trapo, riendo á carcajadas; pero esto no la turbó lo más mínimo, y con su vocecita clara y temblorosa, que ascendía hasta el techo de la sala y se cernía como una voz de ensueño, la vieja volvió á hablar:

«¡Ah!.. Las hadas de Francia, ¿dónde están? Todas muertas, mis buenos señores. Yo soy la última. No queda otra más que yo... Y esto es, en verdad, un grave perjuicio, porque la Francia era bastante más bella, cuando tenía sus hadas. Nosotras éramos la poesía del país, su fe, su candor, su juventud. Todos los lugares que frecuentábamos, los fondos de los parques sombríos, las piedras de las fontanas, los torreones de los viejos castillos, las brumas de los estanques, las inmensas landas húmedas, recibían, con nuestra presencia, no sé qué de mágico y de grandioso. A la claror fantástica de las leyendas, se nos veía pasar un instante, arrastrando nuestras haldas por un rayo de luna, ó corriendo en los prados, sobre las puntas de la hierba. Los aldeanos nos amaban, nos veneraban.

»En las imaginaciones ingenuas, nuestras frentes coronadas de perlas, nuestras varitas de virtudes, nuestros báculos mágicos mezclaban un poco de temor á la adoración. Así nuestras fuentes permanecían siempre claras. Los arados se dejaban en los caminos que nosotras guardábamos, y como nosotras, las más viejas del mundo, dábamos el respeto á lo que ya es viejo; de un cabo al otro de Francia se dejaban los bosques crecer, las piedras caerse por sí mismas.

»Pero el siglo ha andado. Los caminos de hierro han venido. Se ha abierto túneles, se ha colmado los estanques y se ha talado tanto árbol, que muy pronto nosotras no tendremos donde meternos. Poco á poco, los aldeanos han dejado de creer en nosotras. Por la noche, cuando golpeábamos sus ventanas, Robin decía: «Es el viento», y se dormía. Las mujeres convertían en lavaderos nuestros estanques. ¡Ay! Todo había concluido para nosotras. Como sólo vivíamos de la credulidad popular, al perderla, lo perdi-

mos todo. Las virtudes de nuestras varitas se han desvanecido, y de potentes reinas que éramos nos hemos vuelto viejas mujeres, arrugadas, malas como hadas á quienes se olvida; y tienen que ganar nuestro pan, estas manos que no sabían hacer nada. Durante algún tiempo, se nos ha encontrado en los bosques, arrastrando cargas de leña, ó recogiendo glanes al borde de los caminos. Pero los guardas eran duros para nosotras y los aldeanos nos arrojaban piedras.

en Francia, no habría salido vivo ni uno. Nuestros sortilegios, nuestros fuegos fatuos les habrían guiado á los precipicios. En todas aquellas fuentes puras que llevaban nuestros nombres, nosotras hubiéramos mezclado brevajes encantados que les habrían vuelto locos; y en nuestras asambleas á la claror de la luna, con una palabra mágica, hubiéramos confundido también las rutas, las riberas, hubiéramos enredado tan bien de pinchos, de espinas, los bosques por donde ellos iban siempre á recogerse que los ojillos de gato del señor Moltke no habrían sabido nunca reconocerse. Con nosotras, los aldeanos se habrían batido. Con las flores de nuestros estanques, hubiéramos hecho bálsamos para las heridas, los vilanos nos habrían provisto de hilas, y en los campos de batalla, el soldado moribundo habría visto al hada de su cantón inclinarse sobre sus ojos medio cerrados para mostrarle un rincón del bosque, una revuelta del camino, algo que le recordara su país.

Así es como se hace la guerra nacional, la guerra santa. Pero, ¡ah! en los países que ya no creen, en los países que ya no tienen hadas, guerras así no son posibles.»

Aquí, la vocecita aguda se interrumpió un instante y el presidente tomó la palabra:

—Todo eso no nos dice qué hacía usted con el petróleo que se le encontró encima, cuando los soldados la detuvieron.

—Yo incendiaba á París, mi buen señor—contestó la vieja muy tranquilamente—. Yo incendiaba á París porque le odio, porque se ríe de todo, porque es él quien nos ha matado. Es París quien ha enviado sabios á analizar nuestras bellas fuentes milagrosas y á decir exactamente el hierro y el azufre que tenían dentro. París se ha burlado de nosotras en sus teatros. Nuestros encantamientos se han vuelto trucos, nuestros milagros bufonadas picantes y se ha visto tanta villana cara pasar con nuestros trajes de rosa, nuestras carnes aladas, ba-

jo claros de luna de luces de bengala, que ya no es posible pensar en nosotras sino reír... Había niños que nos conocían por nuestros nombres, que nos amaban, que nos temían un poquito; pero en vez de los bellos libros con cantos de oro y profusión de estampas, donde ellos aprendían nuestra historia, París ahora les puso en las manos la ciencia al alcance de la infancia, gruesos libracos de cuyas páginas el fastidio sube como una polvareda gris y borra en los tiernos ojitos nuestros palacios encantados y nuestros espejos mágicos... ¡Oh, sí! Yo me he alegrado mucho de ver arder vuestro París... Yo, yo misma, llenaba las latas de las petroleras y yo las guiaba á los mejores lugares:

«¡Id, hijas mías, quemadlo todo, incendiad, incendiad!...»

—Decididamente esta vieja está loca—dijo el presidente—. Lléváosla.

(Traducción de E. González Fiol).

Dibujo de Echea.

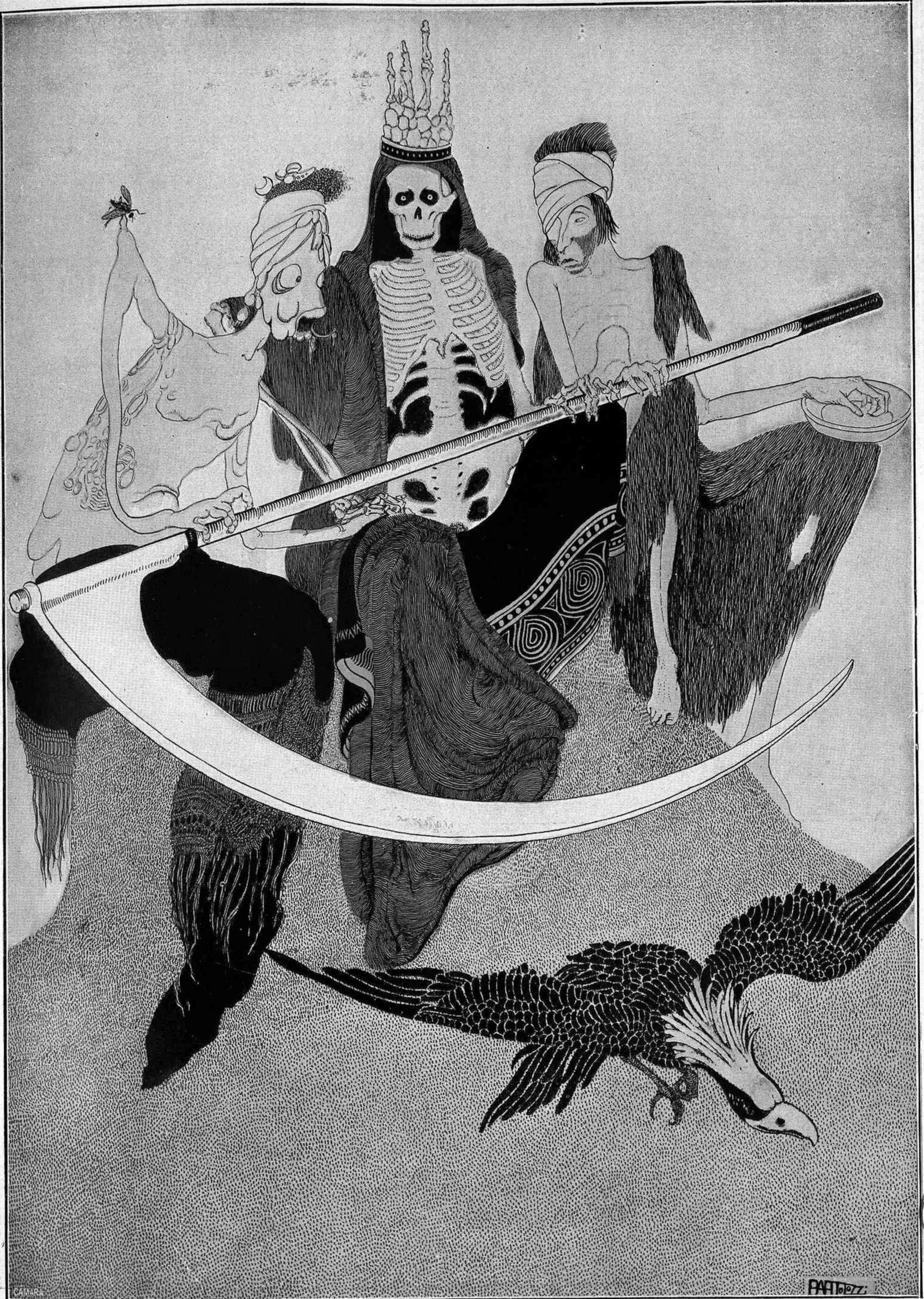


Entonces, como los pobres que no encuentran medio de ganarse la vida en el pueblo, nos fuimos á buscar trabajo á las grandes ciudades.

»Las hubo que entraron en las fábricas de tejidos. Otras han vendido manzanas en invierno en un rincón de los puentes, ó escapularios á la puerta de las iglesias. Empujamos carretillas con naranjas, ofrecimos á los transeuntes ramilletes de cinco céntimos, que nadie quería, y los chiquillos se burlaban de nuestra barbilla colgante, los guardias nos hacían correr y los ómnibus nos atropellaban. Después la enfermedad, las privaciones, un pañuelo hospiciano á la cabeza... Y ved aquí cómo la Francia ha dejado morir á todas sus hadas. ¡Bien castigada está!

»Sí, sí, reid, bravas gentes. Entretanto, ahora acabamos de ver lo que es un país que ya no tiene hadas. Nosotras hemos visto todos estos campesinos hartos y socarrones, abrir sus alcancías á los prusianos y encaminarlos. ¡Vedlo! Robin no creía en sortilegios; pero tampoco creía en la Patria... ¡Ah! Si nosotras hubiésemos estado allí, de todos esos alemanes que han entrado

NUEVO CONFLICTO



OFICIAL.—“EN VISTA DE LOS ACTUALES ACONTECIMIENTOS, LA TRIPLE ALIANZA FORMADA POR LA PESTE, LA MUERTE Y EL HAMBRE, HA DECIDIDO DECLARAR LA GUERRA A LA HUMANIDAD”

DIBUJO DE BARTOLOZZI

ATENE
BIBLIOT
MAT



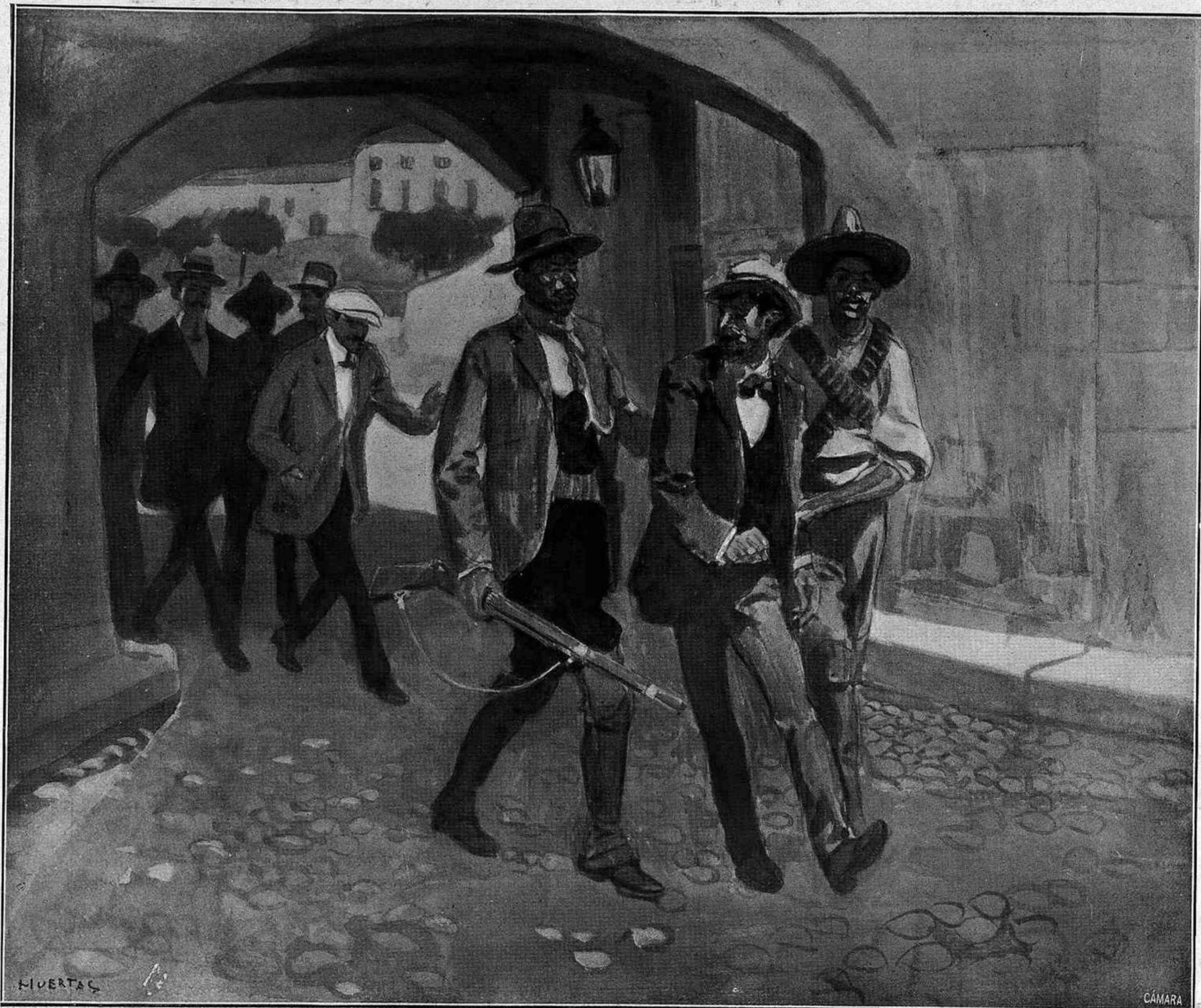
“UN VALIENTE”, cuadro de E. Boutigny

El general Ambert, en sus "Recits Militaires", ha narrado este épico episodio del labrador Dubois, de Epinal, que osó detener él solo unos momentos la entrada de las huestes alemanas en dicho burgo. Desoyendo los ruegos de su mujer, hizo fuego por dos veces contra un regimiento prusiano, matando á dos jefes. Al echarse el fusil á la cara por tercera vez, una descarga cerrada le hizo rodar por tierra.

ATENEOS
BIBLIOTECA
MADRID

ATENEOS
BIBLIOTECA
MADRID

CUENTOS ESPAÑOLES



En plena revolución

NUNCA olvidare aquella noche, aunque viva cien años—nos dijo el antiguo calavera, derrochador eterno y sempiterno, simpático á todos, acaso por eso mismo, pues era del número de los que, haciéndose á sí propios todo el daño posible, no hacen ninguno á nadie más. Sentado en una mecedora en el vestíbulo del Casino, nos refirió sus aventuras, desde que, por haberse quedado lo que se dice en el arroyo, se decidió á ganarse la vida en forma típicamente española, colocándose de representante en una compañía dramática, y corriendo la suerte de la *troupe*, ya próspera, ya desastrosa, que de todo hay en la agitada vida del comediante; sujeto siempre á los azares del capricho del público, ó al influjo decisivo de las circunstancias.

—No, y en México, al principio, no nos iba mal—declaró el aventurero, á quien llamaré Angel Belmonte.—La temporada se anunciaba brillante. Pero fermentaba ya allí la revolución, sin que nosotros, ajenos á los tiquis miquis de la política, lo sospechásemos. Y estalló al fin, sangrienta é implacable; como ya va dejando de haberlas en Europa. Nos cogió enteramente de sorpresa, y no pudimos ni pensar en salir de la capital, porque nos exponíamos á peor suerte. Decidimos esperar, hasta ver qué giro tomaban los sucesos, y qué seguridades podía ofrecernos una retirada. Claro es que nos arruinaba todo aquello: pero queríamos salvar el pellejo siquiera. ¡El pellejo! No hay que darle vueltas: al pellejo se le tiene mucho cariño. No hace falta ser un

cobardón, para aspirar á poner la piel en salvo. Y mientras en la calle oíamos el granear de los tiros, nos manteníamos agazapados como caracoles que recogen los cuernos bajo la concha, porque llueve. Sólo que había la perspectiva, asaz triste, de que en nuestra fonda se acabasen las provisiones: el fondista, con mil excusas, nos había anunciado tal contingencia. ¿Quién era el guapo que se atrevía á ir en busca de víveres? A lo mejor, le agarraban, y contra una tapia, ¡pum! O no era necesario que le agarrasen, pues también las balas perdidas hacen su oficio. Sucede, por otra parte, que el que se agazapa, está rabiando por salir de la gazapera. La impaciencia de enterarme personalmente de cómo iban las cosas, me consumía. Todas las noticias eran contradictorias; nadie sabía á qué atenerse. No pudiendo resistir más la curiosidad, el cuarto día de encierro, al caer la tarde, me escurri furtivamente, y recorriendo solitarias calles, barridas por la fusilería, y ocultándome en la sombra de los rincones, pude llegar á un café donde esperaba encontrar á algunos compatriotas. Casi vacío estaba el establecimiento: sólo, ante una mesa, apuraban copas de cognac un español conocido mío, empleado en una casa de comercio, y un italiano muy mal encarado y torvo, que me miró de soslayo. El español, acercándose á mí, me dijo bajito:

—La cosa va mal... Madero ha triunfado... pero sigue la zambra... No sé qué va á ser de nosotros...

Pedí también cognac, y seguimos hablando á media voz, con los comentarios que se presumen. De pronto, oímos á la puerta del establecimiento ruido de pasos y voces, y entró un oficial, ceñudo y grave, seguido de una patrulla.

—A ver, vénganse conmigo, todos...

Por los ojos del italiano pasó una luz siniestra, y le ví echar mano al bolsillo; pero antes de darle tiempo á sacar el revólver, dos soldados le agarraron fuertemente. El español rogaba, pedía misericordia.

—Yo no he hecho mal ninguno... Yo soy de paz... Soy extranjero... ¿Por qué me prenden, señor oficial, si no me meto con nadie?

Pero ya le habían trincado, y medio arrastro se lo llevaban. Vino mi turno, y desde el primer momento comprendí que resistir era peor.

—Con mucho gusto, señor oficial... Ya se pondrá en claro que no soy culpable de cosa alguna...

Mudos, amenazadores, se pusieron en marcha custodiándonos, y poco tardaron en dejarnos en el patio de un cuartel. Nos registraron: el italiano era el único que llevaba armas. Le empujaron al cuartito donde se encontraba el coronel, jefe de la fuerza. No tardó en volver, pálido y agitado, apretando los puños.

—Está despachado—declaró el oficial—, puede marcharse.

Tambaleándose, echó á andar el hombre; nosotros, envidiosos, le seguíamos con la mirada. ¡Iba libre! Pero, al traspasar la puerta, que veía-



mos perfectamente, sonó el fragor pavoroso de una descarga... y oímos el ruido del cuerpo al caer. Por la espalda le habían fusilado.

Mi compañero de mala ventura, el empleado de la casa de comercio, cayó también, pero de rodillas, á los pies del oficial. Verde, castañoteando los dientes, sollozaba.

—Señor oficial, perdón... Que nada hice... Que soy inocente... Soy casado, señor oficial... Tengo un niño... ¡La vida! ¡No me quiten la vida!

Con un tirón vigoroso, el oficial se soltó, pues le tenía el preso abrazadas las piernas. Sin mirar siquiera al desdichado, se encaró conmigo.

—Venga, le llama el coronel.

Sería jactancia decir que yo no tenía un miedo atroz, un miedo de esos que pueden embaragar las facultades. ¡Vaya si lo tenía! Sólo que, por efecto sin duda del mismo miedo, y algo también porque me daba vergüenza que dos españoles coincidiesen en arrodillarse y pedir con lágrimas la vida, decidí defenderme por medio de un alarde de serenidad, y me enderecé, y con paso firme me dirigí á la presencia del coronel, que me esperaba fumando y saboreando una taza de café á sorbos.

Me interrogó, y le contesté con mezcla de franqueza y respeto.

—Soy—le dije—un industrial, tengo una empresa. Los sucesos me impiden continuar ejerciendo mi industria, como impiden al gran actor B... mostrar su arte. Excuso decirle á mi coronel que soy enteramente ajeno á la política en mi país; figúrese si lo seré en México, donde sólo mes ó mes y medio pensábamos pasar los de la compañía. Puede el señor coronel informarse, y verá que le digo la verdad.

—Tome asiento—me contestó sin dureza—. ¿Gusta de una tacilla de café?

—A la verdad, coronel, no me vendrá mal, por-

que estoy algo afectado de haber visto el fusilamiento de ese hombre que vino con nosotros.

—¿Era su amigo?

—No le había visto nunca. Pero como cayó delante de nosotros...

—Era un grandísimo pillo, un anarquista enemigo de los leales... Y traía armas, un revólver y un cuchillo; ¡vea qué poco! Hay un bando del general Madero que ordena pasar por las armas á quien las lleve.

—¡De buena me he escapado!—exclamé, animándome con el giro cordial de la plática—. Señor coronel, yo acostumbro llevar armas siempre. Nuestra Señora de la Guadalupe me ha inspirado salir hoy sin ellas.

Un soldado me escanció el café; lo bebí con delicia, y envalentonado, supliqué al árbitro de nuestro destino:

—Mi coronel, le ruego que al dejarme libre, deje también á ese cuitado que está en el patio. Me consta que es inofensivo. Está llorando como una criatura... Tenga compasión.

—Buen majadero—repuso el coronel, con un asomo de dejo festivo en su cara de cobre—. ¿No ve? Le están diciendo que salga, que se vaya, y no quiere. Mire por la ventana, verá.

Miré en efecto, y el coronel tenía razón. El empleado, cuanto más le empujaban hacia la fatal puerta, más resistía.

—¡Es que cree que le van á fusilar como al otro!—advertí—. Por eso no se atreve á salir... ¿Mi coronel, por qué no hace una cosa de mucha bondad? Véngase en mi compañía, y salgamos hasta la puerta con ese estúpido que duda de la palabra de un militar tan valiente... Yendo con mi coronel, estará seguro...

Entre perezoso é irónico, el coronel se levantó accediendo... Ví el cielo abierto, porque la precaución, suplicada para el cobarde, iba á serme

útil á mí, que sólo me diferenciaba de él en saber ocultar artísticamente el miedo. Y es lo bastante y á nadie se le exige otra cosa. El corazón no se registra. Salimos al patio, y tomando yo de la mano al loco de susto, le empujé hacia el coronel:

—Dé las gracias, hombre de Dios... El señor coronel le regala vida y libertad... Y tenga decencia, que no es uso de españoles tanto temblar. Levántese, que me está dando asco. No tema. ¿De cuándo acá los coroneles mexicanos cazan liebres en los cuarteles?

Ebri aún de terror, titubeando, desconfiando, nos seguía. Yo eché delante, dejando en medio al coronel por si á la salida había descarga, que le tocara. Eran infundados mis recelos.

Llegamos á la puerta sin tropiezo, y la franqueó el medroso, y rompió en carrera tan desatinada, que en diez segundos le perdimos de vista.

Yo, sin prisa alguna, riendo, y osando hacer al brusco militar un guiño de inteligencia, exclamé:

—¡Buen viaje!

Ví dibujarse en el opaco rostro una sonrisa apenas esbozada. Tendí la mano.

—Cuenta con un amigo, mi coronel...

Y (si bien nadie me había autorizado especialmente á ello) eché á andar hacia la calle, volviéndome de vez en cuando, para saludar al libertador, que inmóvil, me seguía con la mirada.

Apenas sorteados los tiros sueltos y las patrullitas, me ví en la fonda sano y salvo; estaba por no creerlo. Me parecía una pesadilla lo ocurrido. Y, al embarcarme quince días después para España, en Veracruz aún pensaba oír la descarga y ver caer al italiano...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

DIBUJOS DE HUERTAS



IMPRESIONES DE UN MUSICO
LOURDES CANTA

Los azares del turismo estival me condujeron á fines del ardoroso Julio pasado á Lourdes, la misteriosa villa marial. Eran los días precisamente en que, con devota unción, celebraba un ejército de cristianos el último Congreso Eucarístico.

Era una tarde discretamente arrebolada por un sol cansado ya de beber el rocío matinal, de secar páramos y eriales, de madurar los pa-

idólatras, mozos y ancianos, pobres y ricos, plebeyos y nobles, sabios y estultos, hincaron las rodillas y del atrio del templo hacia los cielos, pasando antes á través del corazón de todos los hijos de Dios, subió entonado por mil voces al unísono, vibrante, henchido de fe y de amor, lleno de majestad y de nobleza, un sobrio motete que me dijeron popular, al que prestaban sonoras alas cuarenta violines y el órgano.

El motete era de escaso valor musical; la vestidura armónica que pretendía disimular su pobreza original, esquivaba resuete la variedad, la fuerza y la riqueza: era un pobre ropaje sobre un escueto cuerpo.

Pero cree, amigo lector, que fueron posteriores esas reflexiones de vana materia, y que en aquellos momentos la impresión fué dulce é inefable; que las ansias de crítica se apagaron, que las fuerzas de lucha retrocedieron, que la razón pareció sofisma y la elocuencia argucia, y engaño el saber y mentira la ciencia...

Pero tan dulces arrobos, tan grandes enagenamientos son cortos ¿cabe decirlo?...

Vino luego la solemne bendición de los Sagrados Sacramentos que terminaba la Procesión Eucarística y á intervalos regulares, sonaron, después, añejos cantos, sencillos y fervorosos. Mas ya el mirífico lugar que divinizaron tantos y tan misteriosos milagros, se había transformado.

Merced á un esfuerzo místico, á una exaltación espiritual prodigiosa y al pungente tono de las imploraciones que un venerable padre de la Iglesia lanzaba al Cielo, aquella muchedumbre heteroclita parecía haberse elevado, toda, hacia las regiones divinas...



El exvoto de la villa de Cambrai

rrales, de perfumar los jazmines, de hacer cantar las cigarras y de dorar las espigas. El sonar melancólico del ronco bronce de las campanas posábase un instante apenas sobre la tierra, ennegrecida de fieles, y volaba hacia la azurada bóveda para alcanzar así más de prisa la Infinita Grandeza de allá arriba.

Un suave y tibio vientecillo barría lentamente las nubecillas que como sonrisas bajaban del cielo, y hacía crugir con impertinente ritmo las puntas afiladas de las oriflomas, banderolas y estandartes, que el sol crepuscular doraba como queriendo devolverles el color que en las horas cálidas les había arrancado brutalmente.

La blanca Basílica se erguía en el fondo del valle con el orgullo de una perla barroca, rara y única, en el fondo de un búcaro divino.

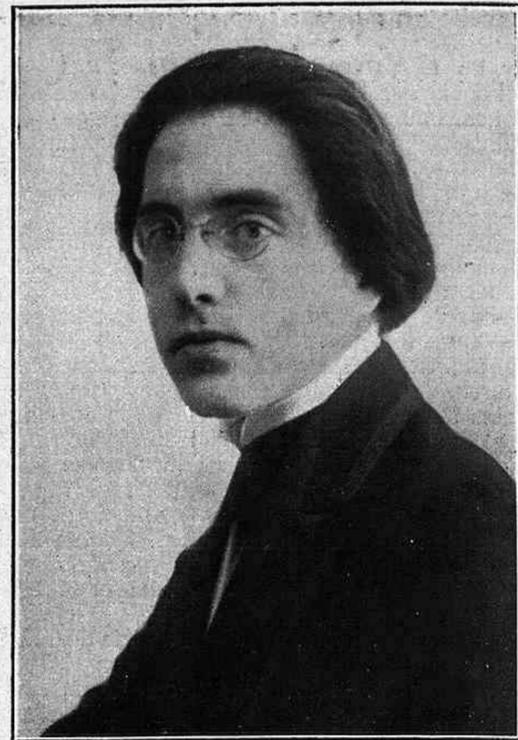
Al rumor del torrente que resbala humilde á los pies del gran templo, mezclábanse el gorgear veleidoso y mudable de mil avecillas alegres y el eco triste y monótono de oraciones murmuradas con fervor y esperanza infinita.

Para mayor solaz de los ojos y como para completar el dulce arrobo del alma, por doquiera que la vista osaba alzarse, se erguía aspérrima y majestuosa una silueta pirenaica, un monte umbrío, una cima erizada de peñascos, un promontorio henchido de verdura, un campo de gleba, un tapiz de césped, un tronco centenario y un rayo de sol.

Perdona ahora, amable leyente, si esta miserable pluma mía no te sugiere más que una torpe imagen de aquella que fué un instante arrobadora y mística visión.

E imagínate ahora que casi de pronto cesaron murmullos, cesaron gorgoros, callaron los labios, calmó el sutil vientecillo, pararon las nubes y allá tras los montes quedó como suspendido el disco solar.

Fieles é infieles, creyentes y ateos, paganos é



JOAQUÍN NIN
 Eminente pianista y musicógrafo español

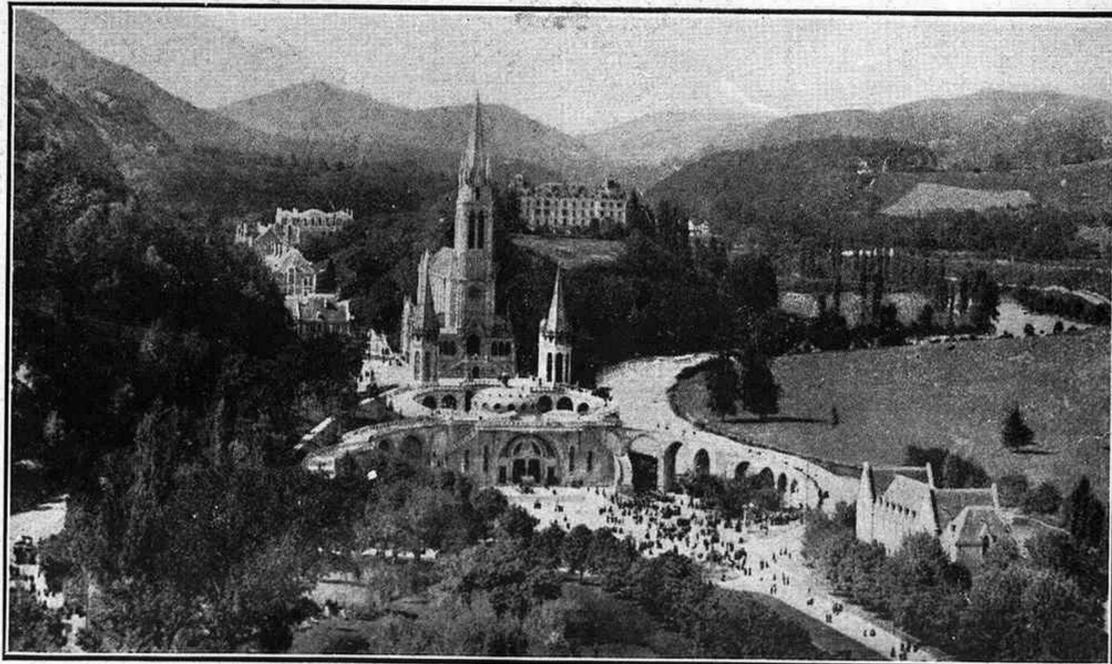
Sin embargo, pocos minutos después, cesó el silencio, latieron con libertad los corazones, se ensancharon los pechos oprimidos por la congoja y abandonando de nuevo el peso abrumador del recuerdo de aquel dolor inmenso padecido por el dulce Nazareno, siguió la turba su fatal camino de polvo acompañada del discordante, sordo y vulgar mosconeo que producen siempre las multitudes, y disimulando apenas, en sus actitudes, gestos, miradas y expresiones el instintivo y original egoísmo que se ampara de ella cuando la obceca la idea de reintegrar el domicilio lejano, de albergarse en una ciudad venerada, pero inconfortable, ó de satisfacer un apetito que excitaba con demasía, el suave y tibio vientecillo que bajaba de la montaña, cargado de perfumes ambientes ó de vahos de apriscos...

Como una legión de sugestionados llegaban los creyentes—yo también lo soy—animados por la llama de la fe en la milagrosa villa que, en mil casos, solamente con la pureza divinizada de su céfiro, dió vista á ciegos, agilidad á paralíticos, cordura á dementes y sanó á leprosos.

Y seguían avanzando por la serpenteante y escarpada senda que conduce á la Basílica, en nutrida procesión, como negra ruta de hormigas, los peregrinos que iban á rendir homenaje en aquel rincón privilegiado de la Naturaleza lleno de piedad y poesía, al Dios de los Cielos y la Tierra.

El espectáculo no podía ser ni más grandioso ni más edificante.

Y yo te aseguro, lector amable, que el espíritu más escéptico, el más inabordable ateo, se hu-



Vista panorámica de la Basílica de Lourdes



Aspecto que ofrecía la entrada principal á la Basílica de Lourdes el día en que se celebró el último Congreso Eucarístico

biese estremecido con unción sagrada al contemplar tanta hermosura entre el Cielo y la Tierra, y hubiese palpitado á unísono con aquella multitud de fieles que iban llegando como corderos de la fe cristiana y allá en su ermita, la milagrosa Virgen esperaba con su sonrisa bondadosa de beatitud infinita la llegada de sus atribulados pecadores.

Cerré, casi, los ojos del alma para conservar intacta la visión, y fufme lejos, absorto, distraído apenas por el rápido y metálico aullido que

el automóvil lanzaba á la inmensidad de los caminos, al doblar los mil recodos que separan Lourdes de las alturas azulosas y escarpadas de Caunterets, otra perla barroca, rara y preciosa perdida en el fondo de un búcaro de verdura esmeraldina: una perla cuyas virtudes, milagrosamente físicas, reclaman también con avidez los hombres para atenuar sus dolencias, las pequeñas dolencias del cuerpo.

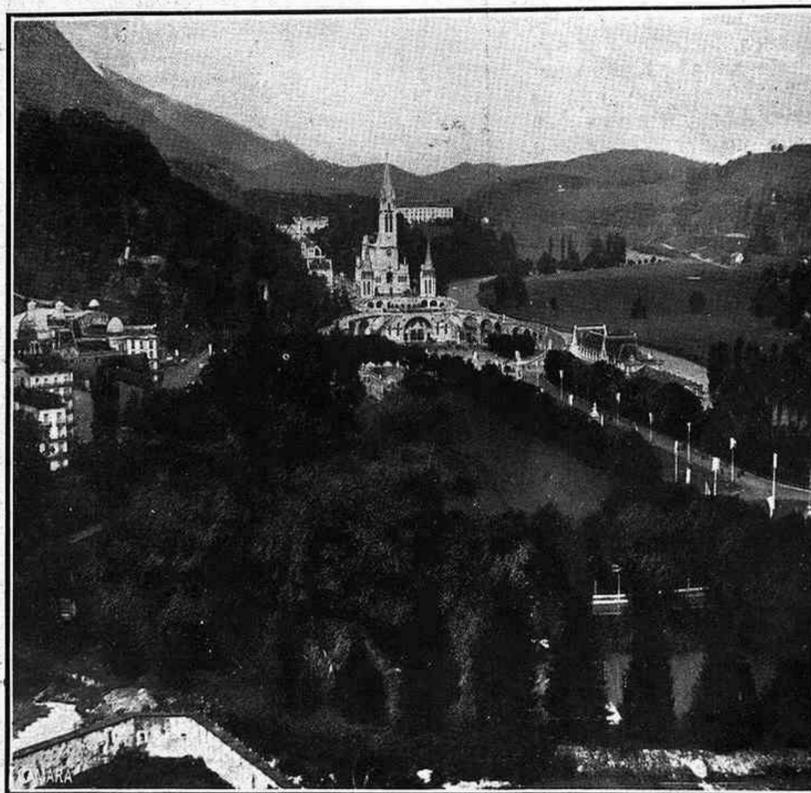
.....
En el fondo negro de la angustiada pesadum-

bre que á mí como á tí, leyente amigo, me causa el grito feroz de la guerra, se dibuja hoy, no sé por qué, la imagen de la blanca basílica: con esa imagen va unido un canto que tuvo la amable virtud de conmover sin ser bello. Perdona, pues, que para aligerar esa lamentable pesadumbre mía haya distraído tu mente de graves ó sabrosos quehaceres. Si eres artista y tienes el alma sensible, completarás con tu ingenio é indulgencia mi torpeza y escasa fantasía.

J. JOAQUÍN NIN



La gruta de la Virgen durante la misa



Pintoresco panorama que rodea la Basílica de Lourdes



Lavanderas portuguesas en un arroyuelo de Gaia



El señor D. Alvao, es un artista portugués que comparte su tiempo y sus aptitudes entre la pintura y la fotografía. Como pintor, consagrado preferentemente al paisaje, ha conseguido con sus obras una firme reputación. A la manera de los grandes paisajistas españoles Haes y Morera, reproduce la naturaleza en sus lienzos con trazo vigoroso y justeza de color y tienen sus obras un encanto poético que las hace admirablemente sugestivas.

Como fotógrafo, ha logrado su temperamento de artista hacer de la máquina fotográfica un instrumento capaz de idealizar la realidad, dándole caracteres de obra pictórica. Las fotografías de Alvao reproduciendo fielmente, exactamente, paisajes y figuras, tienen todo el encanto de un lienzo en el que la imaginación del que lo trazara pusiera tanto como pudiera poner la mano diestra de un gran técnico de la pintura. Poseyendo el secreto de evitar la acritud mecánica del objetivo, logra imprimir un carácter tan bello á sus cuadros fotográficos, que no parece sino que dispone de la luz á su antojo y la maneja con la misma facilidad y el propio domi-

nio con que podría manejarla en su estudio, por medio de cortinas y de pantallas que la distribuyen y la dulcifican á medida del antojo del operador.

Al aire libre compone Alvao sus más bellas obras y en ellas aparte del exquisito arte que en la composición se observa y el buen gusto que en la elección de momentos, de figuras y de paisajes puede advertirse, domina siempre una entonación tan grata á la vista, unos efectos luminosos de tan sugestiva atracción que sus fotografías pudieran tomarse por cuadros que á una sola tinta trazara un pintor excelente.

De la vida aldeana portuguesa, tan pacífica, tan luminosa, tan sencillamente artística como la de nuestras aldeas gallegas con las que tanto parecido tienen los pueblecillos lusitanos que viven lejos de las grandes ciudades contaminadas del modernismo demoledor que destruye el carácter y modifica completamente las costumbres, de esa vida donde la propia naturaleza constituye el mayor encanto, son los hermosos cuadros fotográficos que constituyen la admirable obra de Alvao, de la que ofrecemos en estas páginas varias reproducciones.

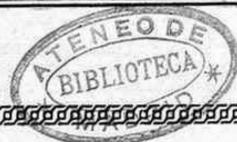


Aldeana de Nime
FOTOGRAFÍAS DEL NOTABLE ARTISTA PORTUGUÉS ALVAO



CÁMARA

PASTORA PORTUGUESA, por Alvao



BELLEZAS ARISTOCRÁTICAS



SRTA. SOL GÓMEZ BARZANALLANA
HIJA DE LOS MARQUESSES DE BARZANALLANA

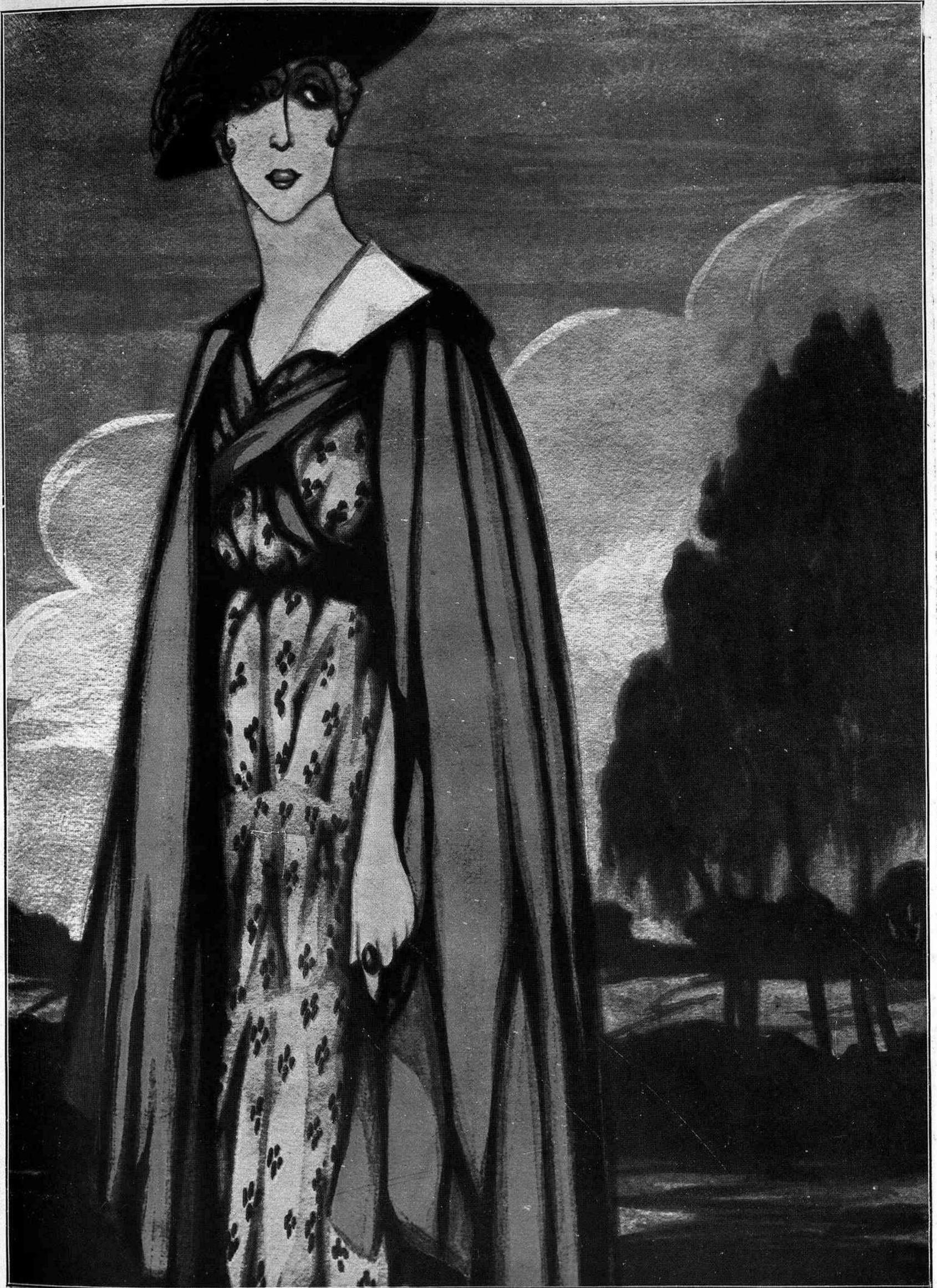
El nombre de esta linda señorita que hoy ocupa esta plana de LA ESFERA compendia ya todos los adjetivos. En justicia, no se podía llamar de otro modo quien entre el elemento juvenil de la sociedad madrileña brilla por su belleza, por los encantos de su rostro, por la

luz de sus ojos negros. Y si en los salones madrileños es, por su figurita, adorno principal, en el parque del Monasterio de Lupiana, posesión de sus padres, los marqueses de Barzanallana, es una flor más entre las que nacen en el espléndido jardín.



LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS

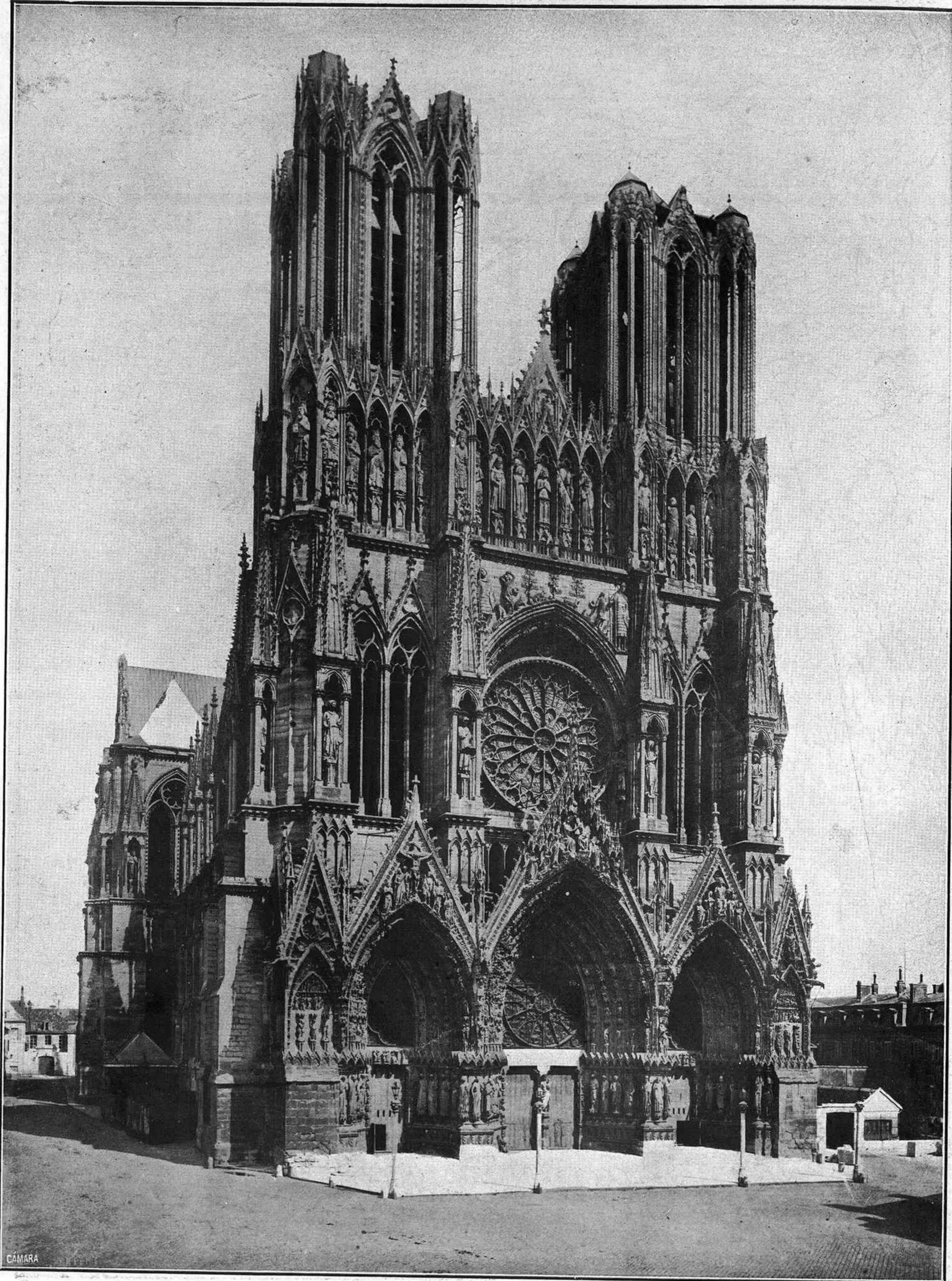


EN EL PASEO

Dibujo de Dhoy

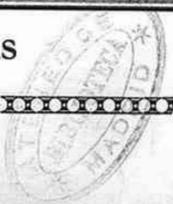


LA CATEDRAL DE REIMS



CÁMARA

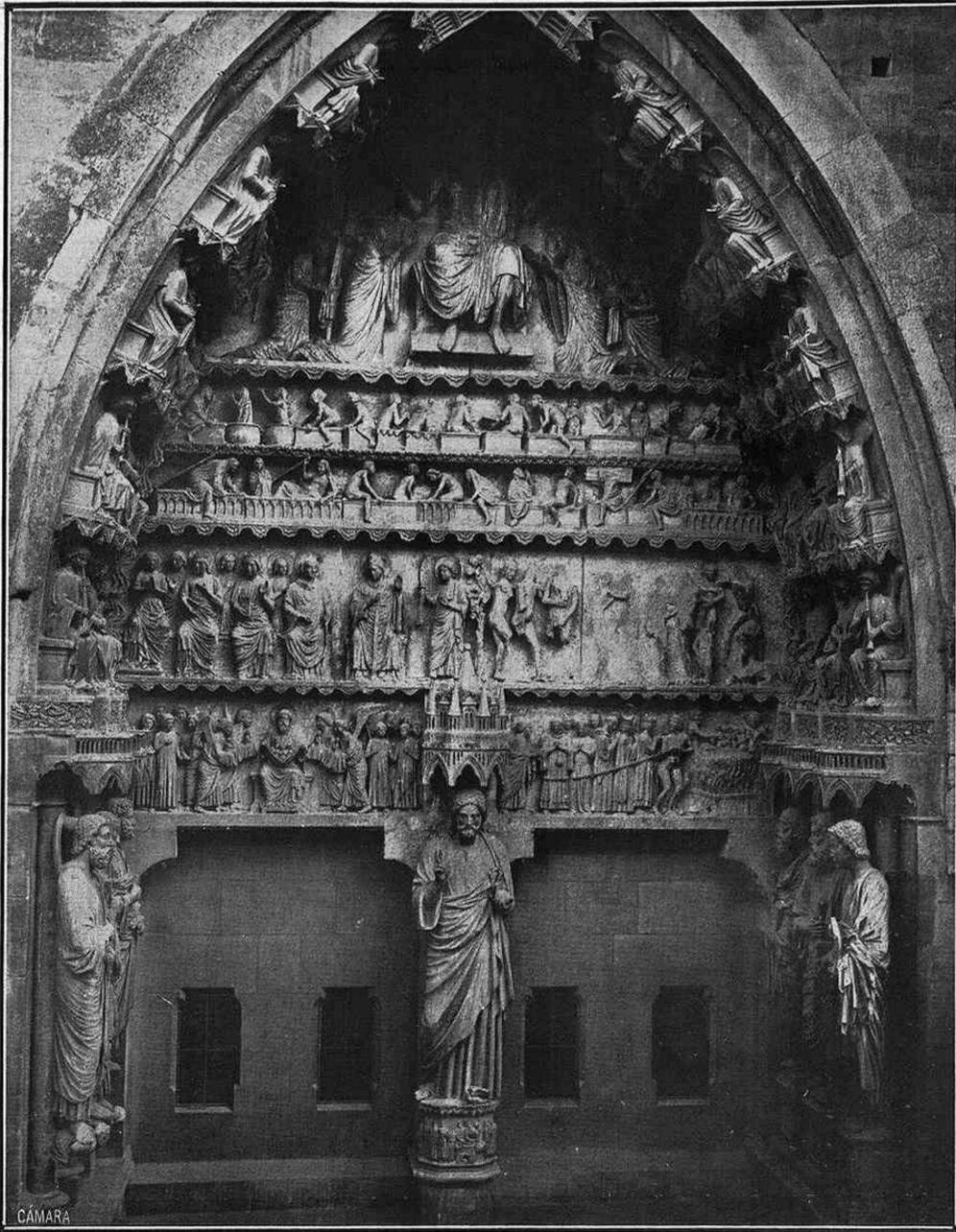
FACHADA PRINCIPAL DE LA CATEDRAL DE REIMS



LA DESTRUCCIÓN DE UN GRAN MONUMENTO ARTÍSTICO



Detalle escultórico del pórtico de la fachada Norte



Portada Norte de la Catedral de Reims

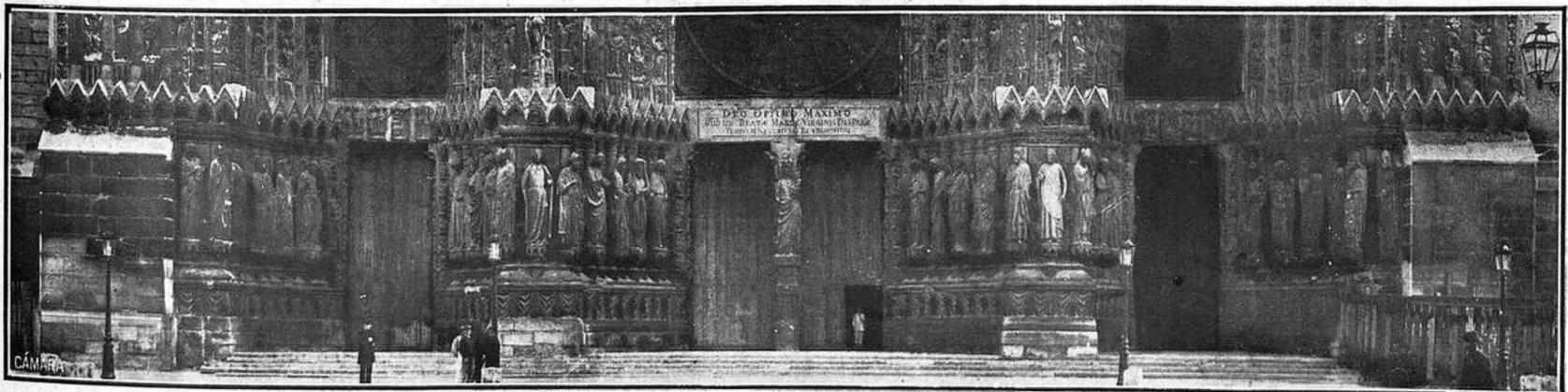


Detalle escultórico del pórtico de la fachada Norte

La admirable construcción, símbolo de una civilización, la que con las catedrales de Amiens y Chartres constituía el trío insuperable de la arquitectura gótica, ha desaparecido. Cuantos años de trabajo laborioso por manos sabias en el manejo del cincel y en el trazado de líneas arquitectónicas, cuantos sacrificios fueron realizados en pos de un ideal religioso y de arte, todo ha sido perdido en el lapso de unas horas, en fecha ya eternamente memorable. El domingo, día 20 de Septiembre, ya de regreso del acostumbrado paseo por el Retiro y la Castellana, fueron heridos nuestros oídos por las estridentes voces de los vendedores de periódicos: *La Corres*, *La Tribuna*, *España Nueva*, y como final lacónico y sensacional: La destrucción de la Catedral de Reims. Quien haya visto el modo de arrebatarse los ejemplares de las manos de los vendedores, no olvidará jamás la sensación de íntimo consuelo experimentada, al ver que en el pecho de todos los españoles, el amor al arte se pone por encima de todas las pasiones. Devoradas con ansiedad las parcas noticias contenidas en los telegramas oficiales, apartábase la vista del diario y el pensamiento recorría abstraído el sacrificio que los hombres se imponen en tiempo de paz, para que luego aquello que costó siglos de edificar se destruya tan fácilmente.

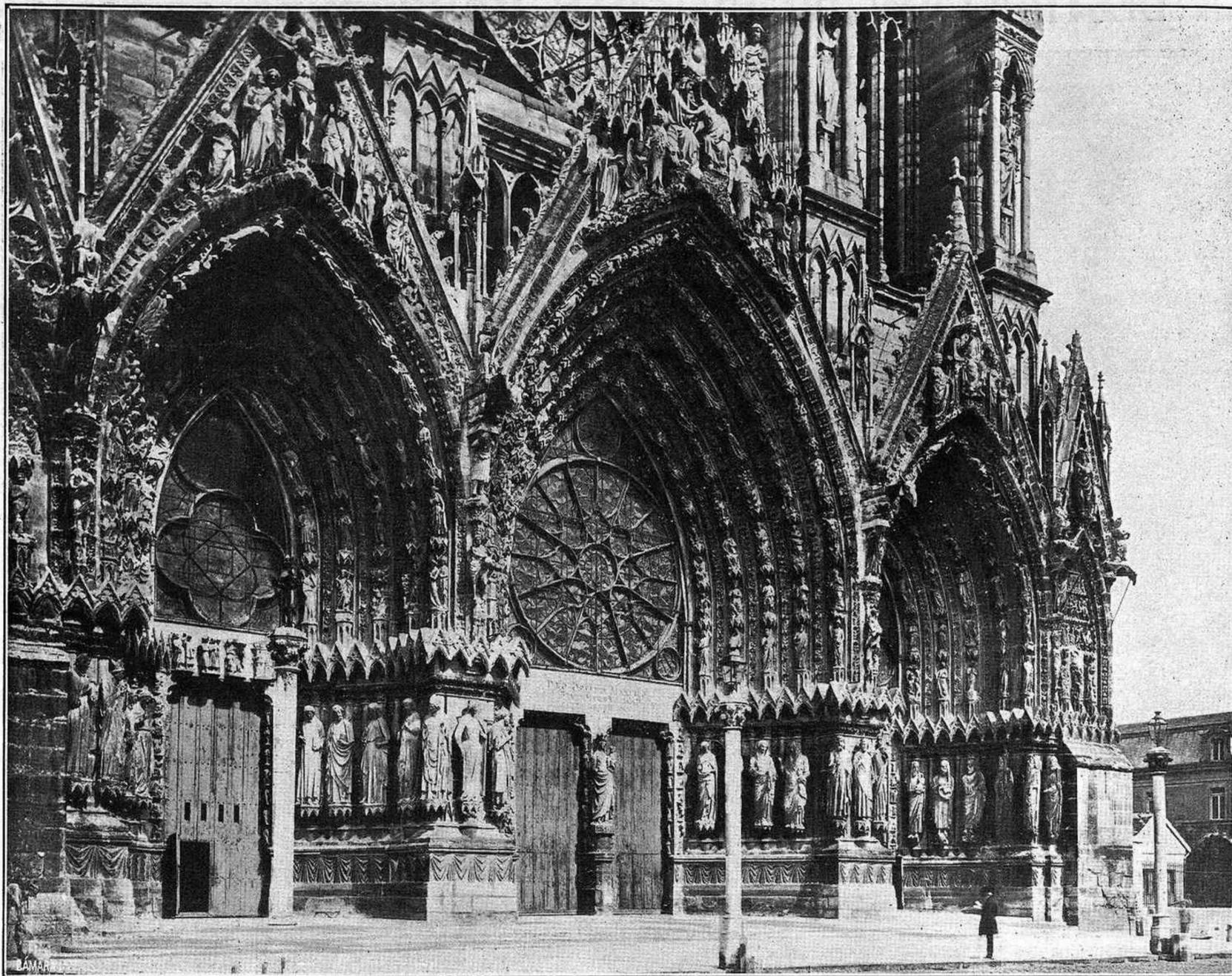
Ha sido Reims una de las ciudades más castigadas en el transcurso del tiempo por el azote de la guerra. Sometida en época muy temprana al yugo romano, creció y prosperó en tiempo de César, siendo conocida por *Durocortorum*. Pronto tuvo el cristianismo dentro de sus muros sus más valientes campeones. Uno de estos fieles defensores, Jovinus, tuvo la gloria de repeler la invasión de los Bárbaros que invadieron la Champagne el año 356; pero más tarde, el terrible Atila al frente de sus Vándalos, se apoderó de la ciudad y la puso a sangre y fuego. Mas la Historia se repite y como ha sucedido ahora, fueron expulsados los invasores y Clovis, después de su victoria en Soissons, fué bautizado con toda solemnidad en Reims, por San Remigio. A partir de este período la diócesis de Reims tuvo más esplendor. Los reyes querían ser consagrados en la ciudad con el aceite divino que se creía había traído del Cielo una paloma y que se guar-

daba en la abadía de San Remigio. En el transcurso de los tiempos, fué acentuándose su importancia en diversos órdenes de la vida y en el siglo x era ya centro afamado de cultura, existiendo numerosas escuelas donde se enseñaban las artes liberales. Los arzobispos gobernaban la ciudad y llegó su poder a ser en la Cristiandad, sólo segundo al del Papa, extendiéndose su jurisdicción hasta Tréves y sobre toda Bélgica. Acuñaaron moneda hasta finales del siglo xvi. Pero su mayor prerrogativa fué la consagración de los reyes de Francia, un privilegio que se ejerció con regularidad, desde Felipe el Augusto hasta Carlos X, en el pasado siglo. Tan señalados favores, otorgados a la ciudad por los reyes, fueron correspondidos por sus habitantes y cuando en el año 1211 la vieja iglesia episcopal de Reims (que había sido edificada en el lugar del bautizo de Clovis por San Remigio) fué pasto de las llamas, el arzobispo duque Alberico de Humbert encargó a sus arquitectos el estudio de una catedral que no tuviera precedente en belleza y riqueza y que con dificultad pudiera hacerse posteriormente edificio que le igualara. Cumplieron con creces los arquitectos Juan de Orbais y Roberto de Coucy las órdenes del arzobispo y presentaron un proyecto grandioso



Detalle del pórtico de la fachada principal de la Catedral de Reims

BIBLIOTECA MADRID



Perspectiva de la fachada principal de la Catedral de Reims

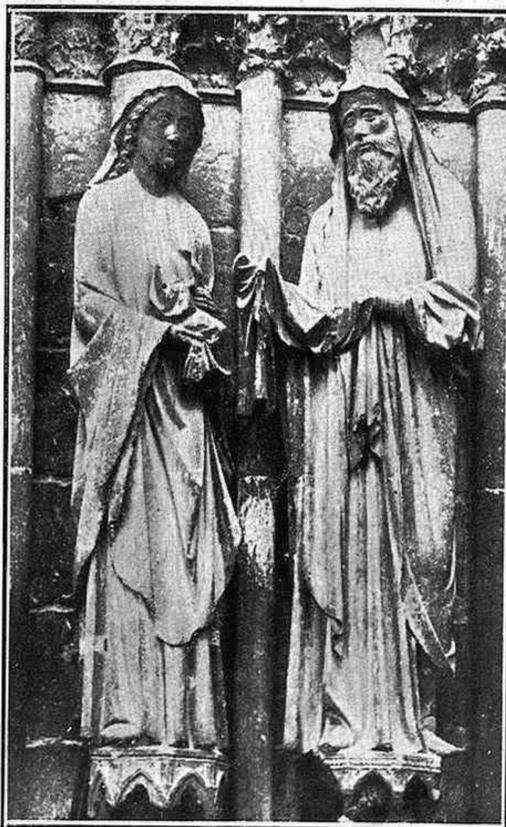
que tuvieron necesidad de reducir, debido á su enorme coste.

Concedida la aprobación por el arzobispo, se hicieron los preparativos de la colocación de la primera piedra, la que tuvo lugar en el mismo día del aniversario del incendio de la antigua basílica. Lleváronse los trabajos con tal rapidez, que al cabo de dos años se inauguraron y se abrieron al culto las capillas absidales. Todo mérito en el mundo tiene su premio y en el año 1281 vieron recompensados sus esfuerzos por la total terminación del edificio (á excepción de la fachada). La fachada actual era del siglo xiv, pero con arreglo á los planos primitivos, habiendo tenido que alargár la nave, debido al mucho público que presenciaba las coronaciones de los reyes. Era la catedral de Reims una maravilla de la Edad Media y gracias á su renombre, justificado por la grandiosa belleza de su arquitectura triunfal, era Reims la ciudad santa de los franceses, como lo es hoy Moscou de los rusos. Se había impuesto sobre los otros templos y era la catedral considerada como la Basílica de Francia y en efecto era la Basílica Real de la Coronación, sobre la que tenía fijos los ojos toda la nación.

Puede considerarse que llegó á la cumbre de su fama, al zenith, cuando la divina Juana de Arco expulsando de Reims á los ingleses, que se la habían anexionado por el tratado de Troyes, hizo su entrada triunfal con el rey Carlos VII, para consagrarle en la catedral.

Tan meritorios servicios fueron poco agradecidos por el Rey y añadido á la indiferencia de sus paisanos fué motivo para que Juana, capturada por los ingleses, fuera por ellos quemada, lo que tuvo su justo pago, según rezan reseñas de la época, en el terrible fuego que se originó poco después en el sagrado templo de Francia. Iniciado el fuego en las techumbres del edificio, su propagación fué tan rápida, que pronto fueron pasto de las llamas el gran campanario central y las flechas, que quedaron totalmente destruidas. Refiérese, que el plomo fundido que caía de las

cubiertas, goteando sobre los muros, incendiaba todo cuanto tocaba y llegó á ser tanta la cantidad de plomo líquido, que se formó una especie de laguna alrededor del edificio, que impidiendo el fácil acceso, llegó á imposibilitar el prestar socorro. El desastre fué inmenso y motivo de



Otro detalle de las maravillosas esculturas existentes en la Catedral de Reims

duelo no solo en la provincia, sino en toda Francia. Se realizaron toda clase de sacrificios, colectas, contribuciones, para restaurar las flechas y tener el edificio en su antiguo esplendor; mas todo fué inútil; el templo no volvió á su estado de antes del incendio. El siglo xiii había pasado. El fervor religioso no era el mismo. Uno de los impuestos establecidos, para ser aplicado su producto á los fondos de reconstrucción, el impuesto de la sal, motivó una protesta enérgica de la población, que fué ahogada en sangre por el ferroz Luis XI.

A partir de estos tiempos corrió la ciudad suerte diversa, estando por su proximidad á las fronteras constantemente expuesta á la amenaza de invasión por los pueblos germanos. En 1814, cuando la guerra de Napoleón con los aliados Prusia é Inglaterra, fué Reims sucesivamente tomada por ambos beligerantes y en la guerra del 70, de tan tristes recuerdos para Francia, fué ocupada por los alemanes y empobrecida con fuertes contribuciones de guerra. En todas estas luchas habíase, sin embargo, guardado respeto al sagrado templo y á pesar de las mutilaciones propias de todo tiempo, conservaba la catedral esa belleza sencilla y grandiosa que la distingue de todas sus similares.

Orgullosos los habitantes de Reims de la joya de que eran poseedores, la guardaban, la veneraban y en varias ocasiones aprobaron créditos para la restauración, que se efectuó, de partes del edificio; sobre todo en la fachada del Sur. Varias veces habíase hablado de acometer valientemente la restauración total del templo construyendo las flechas y el campanario destruidos por el incendio y existía, pudiéramos llamarlo así, acuerdo tácito entre los ciudadanos reimeses de dejar para el presente siglo, lo que otros tiempos no quisieron hacer. Esta carga era la acordada para el siglo xx. Triste fatalidad, en él ha sido cuando se ha visto su total destrucción.

JUAN CASAS



LA BODA DEL INFANTE DON FERNANDO



El infante D. Fernando de Baviera y la Srta. María Luisa de Silva, duquesa de Talavera de la Reina, con el obispo de Sión, que bendijo su matrimonio, y los padrinos, la duquesa de San Carlos y el conde de Pie de Concha, padre de la novia

Fotografía obtenida en Fuenterrabía, por Campúa, momentos después de la solemne ceremonia

EN el magnífico palacio de los marqueses de Villasinda, se ha celebrado en Fuenterrabía, con la brillantez propia del acto y de los contrayentes, el casamiento de S. A. R. el infante D. Fernando de Baviera con S. A. la señorita María Luisa de Silva, duquesa de Talavera de la Reina. Tan solemne ceremonia se verificó en la capilla instalada en el primer piso del palacio y que aparecía espléndidamente adornada con tapices, plantas y flores. Vistió la desposada un riquísimo traje de raso blanco, con encajes ingleses, ostentando la diadema regalada por los Reyes. D. Fernando vestía de uniforme, luciendo la banda de Carlos III. Ofició en la misa el padre jesuita Pedro Lardizábal, pariente de la novia, asistido por el pa-

dre Manzano, otro capellán de honor de la Capilla Real y el notario de ésta Sr. Morales de Setién. El nuncio apostólico monseñor Ragonesi, bendijo á los desposados en una sentida y elocuente plática. Actuaron como padrinos los padres del infante D. Fernando, SS. AA. el príncipe Luis de Baviera y la infanta Doña Paz, imposibilitados de venir desde Munich por causa de la guerra. Fueron representados por la camarera mayor de Palacio, duquesa de San Carlos, tía de la novia, y el primer introductor de embajadores conde de Pie de Concha, padre de la duquesa de Talavera. S. S. el Papa envió para los novios una bendición especial. Sólo asistieron á la ceremonia algunos íntimos de la familia del conde de Pie de Concha y los parientes.

ENEODE
BIBLIOTECA
MADRID



EL SULTÁN CAIDO

ERES *El Caballero Audaz*?...
 —Soy *El Caballero Audaz*...
 —Pues mi señor y dueño te espera. Sígueme.

Dejé caer sobre la mesa de lectura el *Petit Journal* que tenía entre las manos y obedecí a mi interlocutor, que era un morazo alto, joven y de esbeltos miembros de bronce. En silencio atravesamos el suntuoso *hall* del «Hotel Ritz». Su alquicel ampuloso flameaba en el aire. Por entre los pliegues blancos de la chilaba colgaban sus brazos desnudos, gruesos y negros, como dos formidables mazas. Nos instalamos en el ascensor que nos dejó en el piso principal. Allí me esperaba Campúa y se agregó a nosotros. Seguimos deprisa y en silencio hasta la terminación del amplio pasillo, donde dos moros negros como el basalto, custodiaban una habi-

tación con rigidez e inmovilidad de estatuas. Nuestro introductor se volvió a nosotros y deteniéndose con un gesto, nos dijo:

—Esperad ahí. Su majestad os avisará, cuando a bien lo tenga.

No hizo el moro más que entrar en la habitación custodiada y en seguida volvió a asomarse al dintel de la puerta y nos hizo una seña para que penetrásemos. Obedecimos ceremoniosos. Los dos esclavos negros, al pasar por entre ellos, nos hicieron una profunda reverencia y, después, besaron con religiosidad nuestras vestiduras.

En pie, en el centro de la habitación, acompañado por los tres secretarios que componen su séquito, nos esperaba Abd-el-Azis.

Al vernos aguardó con gesto altivo nuestro saludo. Nosotros lo reverenciamos solemnemente.

—Majestad, á tus reales pies—exclamé, no queriendo privar de su tratamiento al que fué soberano de un Imperio bravío.

—La gloria de Alá os protege—contestó él con acento grave y uncioso.

Abd-el-Azis es un gran señor. Arrogante. Bello. Simpático. Su cuerpo fornido, de elevadas y gallardas proporciones, es el pedestal adecuado para su cabeza característica de su estirpe árabe y real. Su rostro atezado es de guerrero. Bajo el pelo negrísimo y ensortijado, con largos rizos que avanzan audaces por las sienes, la frente del Sultán, amplia y tersa, parece iluminada por un relámpago intermitente, por una serie de relámpagos vivaces. Sus ojos grandes y negros, con firmezas de bronce, acusan un destello de inteligencia. Su tez es tostada como la de un caballista andaluz, apenas encu-

bierta por su barbita rala y un leve bozo que circunda sus labios sensuales, reventando de salud y de vida. Sonríe... Sonríe á menudo, y en el marfil de sus dientes lobinos y fieros pone un molar postizo, una gaya nota de oro. Babuchas doradas cubren sus pies. Sobre las vestiduras interiores, color escarlata con bordado en oro, floja un sedeno albornoz azul y blanco con caprichosos calados. Abd-el-Azis tiene las manos sobre el pecho, con los dedos cruzados. En el anular de la diestra se enrosca una serpiente de platino que mira por dos chispas de brillantes. En la muñeca siniestra lleva un reloj pulsera rodeado de piedras preciosas.

La persona del agosto caído inspira á primera vista una viva simpatía y un cordial respeto. Rodeado de sus nobles confidentes, vestidos igual que Abd-el-Azis, no es preciso saberlo para comprender cuál de ellos es el Sultán. No pasará á la historia como poeta apasionado, ni como guerrero valeroso, y sin embargo, en su frente se adivina la inspiración de Abderramán y en su mirada brilla el genio de Almanzor.

Su majestad permanece en pie.
—¿Qué deseabas de mí?—me pregunta en correcto francés.

—Que me concedieras la merced de hablar contigo un rato para después publicar nuestra conversación, y á mi compañero, que es el fotógrafo predilecto de nuestro Rey S. M. don Alfonso XIII, la de hacerte varias fotografías.

—Bien. Os lo concedo y os lo agradezco. ¿Se publicará en LA ESFERA?...

—En LA ESFERA, señor. ¿La conoces?...

Sonrió irónico. Después miró á uno de sus confidentes, que entonces intervino por primera vez.

—Mi magnífico señor—dijo también en francés—está suscrito á todos los periódicos de Europa, América y Africa... Ama la literatura.

—Ama la poesía sobre todas las cosas—agregó el Sultán—. Y la fotografía es un gran entretenimiento de mis ocios.—Y dirigiéndose á Campúa, prosiguió—. A tí te conozco mucho y te admiro, porque eres un artista muy capaz. Ya lo creo. Pero ¿cómo estoy! os hablo en francés y no sé si os agrada esta lengua. ¿Preferís el inglés?... ¿el alemán?... ¿el español?... ¿el árabe?...

—Majestad—exclamé yo—preferiríamos el árabe por ser tu lengua, si lo entenderíamos.

—Gracias por la galantería. Yo, aunque mal, os hablaré entre español y francés.

Y su majestad continúa de pie, con las manos trabadas en el pecho. En la conversación expresa con los ojos tanto como con la palabra. De vez en vez, sin desmenuzar las manos, las separa y las junta á su cuerpo, accionando sobriamente. Cuando escucha, en tal actitud beatífica, parece un monje ladino, pronto á adivinar las intenciones de un caballero intruso.

—Y dime, señor: ¿Conocías España?...—inquirí.

—Estuve en otra ocasión; pero, como esta vez, fué mi visita fugaz.

—Luego, ¿no conoces Granada?...

—No—deploró—, de Andalucía sólo he visitado con detenimiento Córdoba. ¡Oh, la Mezquita!... ¡Qué hermosura!... ¡Oh, la civilización árabe cuántas joyas dejó á España!—Las últimas frases del caído fueron un lamento.

—¿Y te diriges á París, señor?—pregunté rápido.

—No, á Burdeos.

—Llamado por el Gobierno francés, desde luego.

Abd-el-Azis simuló no entenderme. Insistí.

—Decía, señor, ¿que si á Burdeos te llevan asuntos particulares, ó...

—Una misión semi-oficiosa—me interrumpió sonriendo.

—Tal vez relacionada con el movimiento que se dice que en torno de tu magnánima persona están haciendo tus leales para elevarle de nuevo al trono!...

—¡Bah!... No hay tal cosa—evadió el Sultán—. Marruecos está muy tranquilo y mis leales saben que yo no vería con gusto la menor perturbación en el Imperio. A las gradas de un trono no se debe jamás subir con las sandalias salpicadas de sangre. Yo estoy tranquilo en mi palacio de Tánger.

Hubo un silencio.

Yo contemplaba cinco varas de nardos que había sobre una mesa de la habitación y añoraba los días de Fez. La corte de Abd-el-Azis, soberano entonces con voluntad absoluta y poder onnímodo—no un Sultán prisionero de Francia, no un Sultán de teatro lírico como Muley Yussuf—resplandecía con la magnificencia de las cortes orientales... Rodeado de magnates y consejeros, defendido por las fieles armas de sus askaris, mimado por la adulación de los hombres y las caricias amorosas de las sultanas, Muley Abd-el-Azis pensaría que sus goces y sus placeres emanaban de su gerarquía. Pero un día un pueblo bárbaro, acuciado por la inspiración extranjera, dispuso de la suerte del soberano y Abd-el-Azis descendió de su trono, digna y gallardamente y entregó las llaves del Gobierno al usurpador. Acaso la mudanza determinara en su espíritu una crisis de abatimiento. Mas en su temple de acero ganaría terreno la reflexión serena y el Sultán destronado pensó que la nobleza de su estirpe no la daba la voluntad del pueblo, sino el privilegio de su sangre augusta. Comprendió que en su quinta de Tánger mirando al mar y lejos de la revuelta política, era el rey de sí mismo; sintió á su alrededor la reverencia de sus siervos, gustó las mieles de la admiración femenina y supo que en el trono como en el destierro, la confianza, la amistad y el amor, son patrimonio de los hombres que lo merecen. Y en sus oídos sonó una palabra desconocida hasta entonces en lances de fraternidad y de cariño: SINCERIDAD.

—Entonces, señor, ¿no aspiras á restituirte al trono?...—le pregunté.

—No; jamás, jamás—respondió con vehemencia...

—Acaso ¿eres más feliz ahora?...

—Sí, sí. ¡Más feliz que nunca!...

—Pues tú fuistes magnánimo y bondadoso con tu pueblo, señor.

—No sé... fui como soy... Me inspiré para gobernar en los dictados de mi conciencia y del amor á mi patria y te aseguro que jamás he pronunciado una sentencia que no estuviese ajustada á la ley koránica.

El acento del Sultán era firme, lleno de dignidad y nobleza.

—¿Qué edad tienes, majestad?—proseguí.

—Tengo treinta y seis años,

—¿Y siempre vives en Tánger?

—Poseo fincas en Fez, Marrakés, Tetuán y demás, pero prefiero mi quinta de Tánger, donde retirado de la vida pública me entrego á mis predilectas aficiones.

—¿Cuáles son, señor?...

—La poesía, la lectura, el arte, la mecánica y el deporte... Yo tengo mi biblioteca y si me visitas encontrarás allí todos los clásicos y filósofos españoles. Tengo mis automóviles, que yo conduzco muy á menudo; tengo bicicletas y motocicletas; mi laboratorio fotográfico; gusto de montar mis alazanes, que son los más veloces del mundo, y me recrea la caza y el billar.

Estas predilecciones de Abd-el-Azis que yo desconocía, me sorprendieron grandemente.

—Majestad, y España ¿te gusta?—continué.

—Mucho... Mucho.

—¿Conoces á don Alfonso XIII?...

—Personalmente, no; pero tenemos una gran amistad espiritual. Como ahora mi viaje ha sido tan rápido no he tenido el placer de visitarlo; pero á la vuelta de Burdeos, que pasaré más despacio, nos conoceremos. Entonces también me detendré un par de semanas para recorrer con detenimiento vuestra bella Andalucía.

—Luego entonces, señor, ¿cuándo marchas para Francia?...

Miró el reloj de pulsera.
—Dentro de dos horas.

—¿Y quieres decirme, Majestad, tu opinión sobre las ventajas y eficacia del protectorado de España en Marruecos?

Abd-el-Azis quedó un instante suspenso y miró á su confidente. Entre ellos comentaron mi pregunta. Yo esperé en silencio hasta que él habló.

—Me parece que tanto el protectorado francés como el español nos reportarán grandes beneficios; mientras que cristianos y moros no olviden que todos somos hermanos y que todos cabeamos en la tierra.

Estas palabras del Sultán fueron una sentencia.

Comenzaron las fotografías. Cuatro ó seis veces dispuso Campúa su trípode en distintos lugares de la estancia, y en cada nueva pose el Sultán, habituado á la vida pública, llena de incomodidades y pèjigueras, sonreía amablemente.

Nuestro gran camarada pretendía una buena colección de clichés. Ha retratado al Sultán con sus servidores, al Sultán conmigo, al Sultán solo... No obstante no conseguí impresionar una placa del Sultán sentado... Cuantas veces hizo la indicación, Abd-el-Azis movía la cabeza en son de negativa sin dar una razón ni un pretexto. A compás de su testa arrogante agitaba sus manos cruzadas sobre el pecho.

Uno de los acompañantes disculpaba al señor.
—No quiere, no quiere...

Pero no nos decía por qué. A nuestro alrededor había ricos muebles, adamascadas butacas y cómodos sofás. Sin duda Abd-el-Azis no toma asiento, sino á la usanza mora. Y allí, en aquella estancia europea, sin los tapices reales de la Siria, sin un cojín moruno, sin un pebetero próximo que sahumara el ambiente con sándalo, aloe, benjuí ó almizcle, el Sultán sentado en el suelo habría perdido algo de su *mise en scène* mayestica... Abd-el-Azis ama la estética y la realeza. He aquí la razón de su negativa.

Por fin la diplomacia española venció á la moruna. Y cuenta que esto es harto difícil, según se ha reconocido desde Carlos V para acá. Y Abd-el-Azis, accedió á que Campúa lo inmortalizase sentado.

—Señor, antes de tener el sentimiento de separarme de tí—volví sobre mi interrogatorio—deseo saber tu opinión sobre la guerra europea.

—¿Y qué quieres que te diga si yo no tengo otros medios de juicio que los de la prensa y estos son muy incompletos?

—No obstante, puedes decirme cuáles á tu juicio serán las potencias triunfantes.

—Creo que los aliados.

—¿Tus simpatías, señor, están de parte de ellos?

—Sí;—repuso rápido—porque, como sabes, amo á Francia y deseo su triunfo.

—¿Has tenido ocasión de conocer al Kaiser?

—Sí; he tomado con él unas tazas de té.

Meditó un momento.
—Ya las guerras han perdido su belleza estética. Lo tristemente grandioso en las batallas era el choque cuerpo á cuerpo de los ejércitos. Hoy esas máquinas infernales de destrucción separan á los combatientes 10 ó 15 kilómetros, y así se destruyen sin ardor, sin imprecaciones, sin heroísmo, sin siquiera verse. La guerra de arcos, lanzas, alfanges, gumías y espingardas era más heroica y menos cruel. Ninguna guerra ha sido tan funesta y terrible como la actual; este derramamiento de sangre humana no ha tenido ejemplo en la Historia y, sin embargo, ya ves, se dice que esta es la guerra de dos civilizaciones...

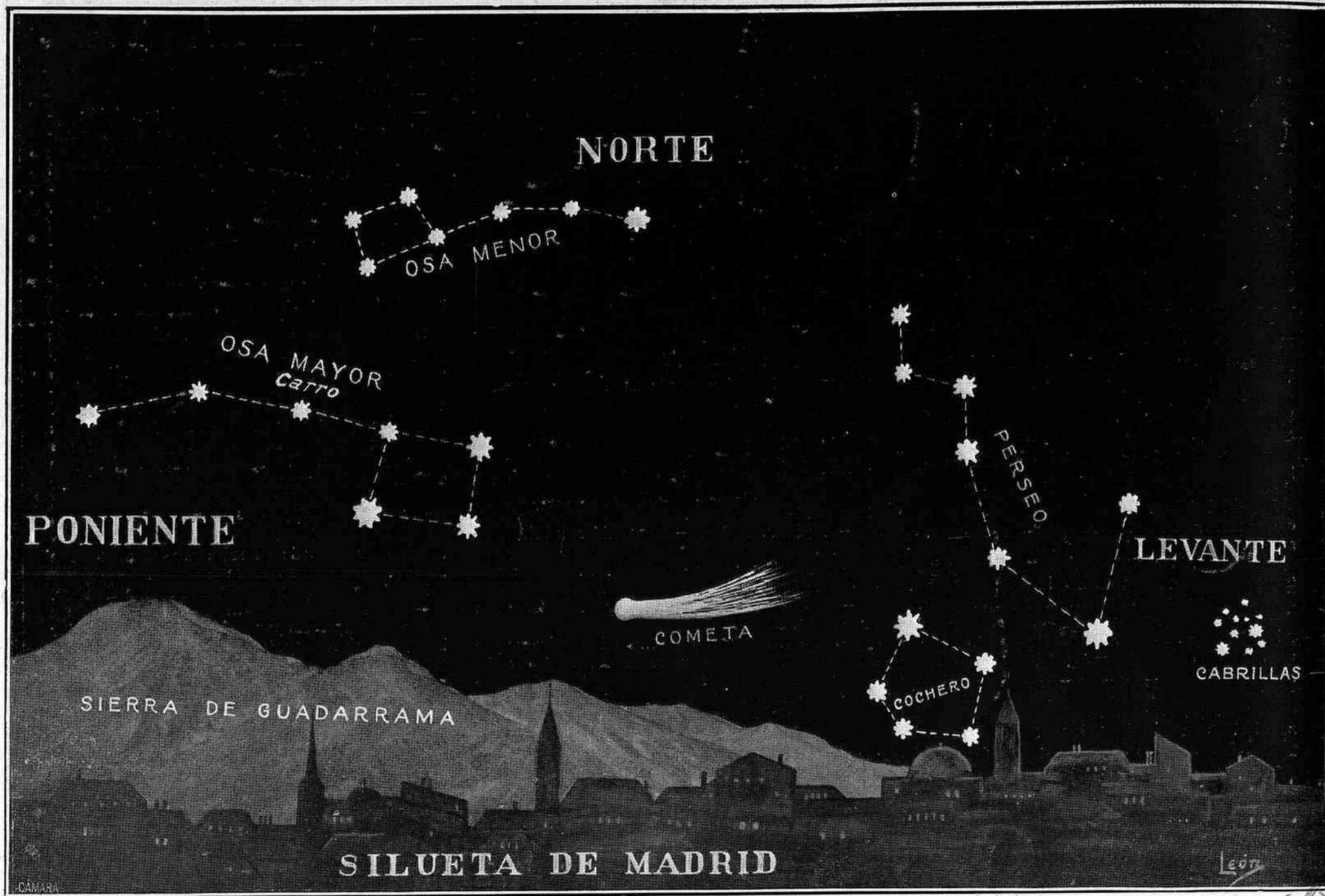
Y al decir sus últimas frases, el Sultán caído, sonreía irónicamente...



"El Caballero Audaz" hablando con Abd-el-Haziz y sus dos secretarios Abd-el-Hakim y Bem Zahrhit FOTS. DE CAMPÚA

EL CABALLERO AUDAZ

NOTAS CIENTÍFICAS



Cometa que se ve actualmente desde Madrid sobre la Sierra del Guadarrama, y que ha excitado la curiosidad pública

EL COMETA

DESDE un punto cualquiera de la región norte de Madrid, donde las luces de la población quedan á espaldas del observador, puede contemplarse el cometa actual, visible á simple vista sobre la sierra, y que ha excitado la curiosidad pública porque la presencia del astro, en los guerreros tiempos presentes, parece una confirmación de la siniestra historia de los cometas.

No nos cansaremos en refutar la creencia en tales paparruchas, mil y mil veces ridiculizada. Muchos más aparecen sin que nada ocurra, y la mayor parte, aunque invisibles sin anteojos, corren por el cielo de continuo.

El cometa, en la región donde se aparece ahora, va creciendo en brillo y su cola aumenta de tamaño. El grabado que acompaña á estas líneas excusa detalles para que cualquiera pueda encontrarlo en el cielo, en cuya región las estrellas y constelaciones dibujadas sirven de guía.

Durante los primeros meses del año es casi seguro que los astrónomos lo observaran ya; pero desapareció sin duda al aproximarse á las regiones solares, y hoy, huyendo, reaparece más próximo á nosotros, con brillo refulgente.

Todo ello se cree como más verosímil, sin que pueda afirmar nadie todavía con certeza, que el cometa actual es el llamado de Delaran observado antes.

Y se comprende que así sea. Los cometas se mueven en curvas alargadísimas, caminos en cuyo recorrido invierten desde tres hasta setenta y tres años los periódicos, y más de un millón de años los no periódicos; y de tan largas trayectorias tan solo se hallan cercanos á nosotros trozos pequeñísimos del recorrido, durante los cua-

les son visibles, y es posible observarlos para deducir, con tan escasos indicios, el camino total que bordea la región del infinito.

Los cometas periódicos, de órbita conocida, y que, como su nombre indica, reaparecen á plazo fijo obedientes á la atracción solar, son unos veinte. Pero los no periódicos, de camino ignorado ó no bien conocido, mejor dicho, son muchísimos.

Quizá algunos de éstos hayan sido periódicos y desviados por la atracción de los grandes planetas, cerca de los cuales paran al entrar en las regiones del sistema nuestro; su camino, de elipse cerrada, pasó á ser abierta hipérbola; pero es lo cierto que los primeros se hallan ya definitivamente incorporados á nuestro cielo, porque esos grandes planetas, Júpiter, Saturno y Urano los descarrilaron de sus trayectorias infinitas sujetándolos á la dominación de nuestro Sol.

Donde quizá algunos acabarán por caer, consumiéndose en la inextinguible hoguera; pues se ha observado que muchos cometas periódicos acortan su revolución constantemente, describiendo en realidad espirales que terminarán en el corazón de nuestro sistema; en el potente Sol.

Es probable que el espacio interplanetario que se creía vacío de materia no lo esté, y el éter imponderable sea, aunque sutilísimo, un medio material que retarda por rozamiento la marcha de estas mariposas celestes condenadas á quemarse en definitiva sobre el ardiente astro de la luz.

De todos modos hay cometas cuya velocidad de traslación supera á la que podría imprimirles la atracción del Sol, si desde el infinito los llamase, con su potente y amorosa dominación.

Quiere decir ésto, que lanzado desde el Sol un cuerpo con velocidad superior á 608.000 metros, ya escaparía á la atracción del Sol y por consiguiente que no era posible su retorno.

Como algunos de estos cometas están animados de velocidades superiores, es lógico pensar que no pudiéndoles imprimir nuestro centro de sistema tal velocidad, aun llegando desde las lejanías más recónditas, ellos ya traían aceleración inicial, y debieron su origen á haber sido lanzados desde otros soles.

Los que parecen provenir de la constelación de Hércules, región del cielo la más fecunda en nacimientos cometarios, aparentemente, porque caminando hacia ella nosotros, encontramos más, tardarían 20 millones de años en el recorrido de su órbita; cuyo extremo, el ramamiento fundado en la velocidad de traslación con que se mueven, ha llevado á las estrellas de la apartada constelación.

Estos cometas han pasado, pues, por regiones alejadas de nosotros, tanto que, en el recorrido el cometa empleó millones de años; estos mensajeros del espacio nos traen la prueba de la existencia real de lo infinito en el espacio, á la par que el tardío recorrido nos demuestra la infinitud del tiempo.

Y más allá quizá aun floten descarriados en la eterna noche otros cometas que jamás entrarán en esta pequeñísima región que, con arrogancia excesiva, hemos calificado de infinita, como restos de naufragios celestes, testimonios de otros tiempos, que navegan en el etéreo oceano sin riberas de espacio y tiempo.

RIGEL



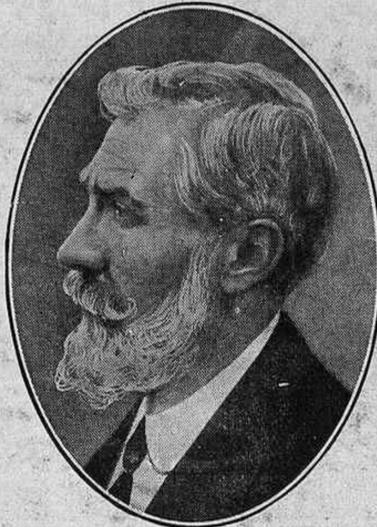


Rev. P. LIVONATO
Curado de Cáncer

Secretos inexorables de la Naturaleza: Notabilidades de la Ciencia Moderna.—El mayor triunfo. Hechos y no palabras, Sanados y no curados. :: OFRECIMIENTO GRATUITO HECHO A DOS MIL ENFERMOS QUE ESCRIBAN HOY MISMO

El ilustre doctor Trillot, cuyos actos de filantropía le granjearon el nombre de «Padre de la pobreza», ese hombre puro, de corazón magnánimo, que tanto honra la especie humana, es también un gran cerebro, científicamente preparado y dotado de humanitaria misión de descubrir los secretos de la naturaleza, para el descubrimiento de medios terapéuticos que aliviasen y curasen los males que afligen a nuestro organismo físico.

Hallando así el gran tratamiento científico, la enormidad de su corazón conjugando los esfuerzos intelectuales y la ciencia experimental con las fuerzas de su alma generosa, llegó un día la gran victoria soñada, descubriendo la cura radical de las más graves molestias, con la preciosa combinación de fórmulas confinadas en su maravilloso tratamiento, el depurativo de la sangre por excelencia, el remedio más popular y único eficaz para todos los males incurables. De ahí en adelante mayores fueron las obras de caridad del ilustre doctor Trillot, obras enriquecidas por la generosidad, verdaderamente altruista, de aliviar los padecimientos ajenos, sin miras de otros lucros que no fuesen las bendiciones de los que se sentían curados por el poderoso tratamiento y de los que se veían amparados por la alta filantropía del hombre de ciencia. La numerosa cantidad de testimonios que posee, que sería largo enumerar, todos concurriendo para afirmar su gran competencia y su dedicación al bien de sus semejantes, dedicación comprobada siempre con la práctica de incansables beneficios a la pobreza. Por eso, cuando el doctor Trillot recibió en su gran alma la voluntad del Creador, todo el mundo sintió el beneficio excepcional de ese caritativo hombre y le rindieron su agradecimiento sincero. Lleva siempre a todas partes la convicción de su incontestable superioridad, siempre comprobada por el espontáneo testimonio de todos los enfermos que usan el poderoso tratamiento, producto de la naturaleza vegetal, descubierto inspiradamente por la ciencia y observación del grande y virtuoso doctor Trillot. Ese milagroso tratamiento, ha producido magníficos resultados en las cinco partes del mundo.



Dr. TRILLOT
Cuyo descubrimiento importa un cambio absoluto en el sistema curativo de las enfermedades

Ha beneficiado la salud pública por el alivio y la cura de todos los enfermos, cuyos males residen en la impureza de la sangre. No hay un rincón en el mundo, quien no conozca el formidable e indecible depurativo de la sangre: la prensa ha llevado a todas partes la justa fama de este maravilloso tratamiento. El tratamiento del doctor Trillot tiene muchos similares, pero ninguno se le iguala; su composición es puramente vegetal, y por eso mismo exenta de peligros, tiene gran potencia terapéutica comprobada por millares y millares de testimonios y de personas conocidas en todas las clases sociales.

Tales documentos, enviados espontáneamente por los enfermos curados de todas las horribles molestias originarias de la impureza de la sangre, certifican a saclar, que el tratamiento del doctor Trillot es absolutamente eficaz y soberano en la cura de todas las manifestaciones de las enfermedades secretas que atacan el organismo, interna y externamente. Es el único tratamiento que tiene a cada paso en la voz del pueblo la consagración agradecida de su inigualable valor. No se trata, pues, de una panacea de las muchas que abarrotan el mercado; se trata de un producto de perfinaces observaciones científicas y de meticulosas experiencias, dosado inspiradamente por el virtuoso y sabio descubridor, y manipulado a capricho por la delicada ciencia farmacéutica en laboratorios de tal importancia, de tantos recursos y de tan vastas proporciones, que honra a la nación más adelantada del mundo. Los enfermos no deben despreciar la oportunidad que se les presenta ahora, porque tal vez otro día puede ser demasiado tarde; al efecto, el doctor Trillot mandará absolutamente gratis a todos los que le escriban, un tratamiento, el libro «Secretos inexorables de la naturaleza», pruebas de la eficacia de su tratamiento y les explicará la manera de obtener su curación diciéndoles francamente si los puede curar, después de hacer un prolijo estudio de la sintomatología de la enfermedad.



ISABEL MALMORIA
Curada de Tuberculosis

Dirijase al Dr. TRILLOT, 43 bis, Rue Etienne Marcel, Boite 273, Paris

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL
EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi □ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 "	Seis meses . . . 25 "

PAGOS ADELANTADOS

Dirijanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◇ Apartado de Correos, 571 ◇ Dirección telegráfica, Telefónica :::: y de cable, Grafimun ◇ Teléfono, 968 ::::

Representantes exclusivos de esta Revista en la República Argentina

Massip y Comp.ª

Rivadavia, 698, BUENOS AIRES

K Á U L A K

FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4 MADRID

ALBERTO ITURRIOZ

::: FUENCARRAL, 20 :::

Cuadros, cromos, dibujos,
estampas. :: Marcos y molduras. :: Miniaturas. :: Reproducciones

La casa mejor surtida de Madrid

GRAN SALÓN DE EXPOSICIONES

Jabon Flores del Campo



Supera al mejor
extranjero

Creación de la
Perfumeria
Floralia

Granada 2, Madrid.

Ya Bebè no llora, pero es
desde que le lavan con jabon
"Flores del Campo."

Pts. 1,25 la pastilla.

